

Bruce
Chatwin
Utz



se

Lectulandia

En la hermosa y decadente Praga encontramos a Kaspar Utz, barón, dueño de una fabulosa colección de porcelana de Meissen que logró salvar de las garras de Hitler y que, ahora, le toca resguardar de la codicia del régimen comunista.

Guarda toda la colección en un minúsculo piso de dos estancias porque cree que debe salvaguardar la elegancia de la vida cortesana de la desintegradora incultura totalitaria.

Lectulandia

Bruce Chatwin

Utz

ePub r1.0

Titivillus 17.02.2017

Título original: *Utz*
Bruce Chatwin, 1988
Traducción: Eduardo Goligorsky
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Diana Phipps

Una hora antes del amanecer del día 7 de marzo de 1974, Kaspar Joachim Utz murió víctima de un segundo y largamente esperado derrame cerebral, en su apartamento del número 5 de la calle Široká, desde el que se veía el viejo cementerio judío de Praga.

Tres días después, a las 7.45, su amigo el doctor Václav Orlik aguardaba la llegada del coche fúnebre frente a la iglesia de San Segismundo, empuñando siete de los diez claveles rosados que había anhelado poder pagar a la florista. Observaba complacido las primeras señales de la primavera. En un jardín situado al otro lado de la calle, las cornejas que llevaban ramitas en el pico revoloteaban sobre los tilos, y de cuando en cuando se desprendía una pequeña avalancha de las tejas árabes de una casa de la vecindad.

Mientras Orlik esperaba, se aproximó a él un hombre cuya melena gris cubría con creces el cuello de su gabardina.

—¿Toca usted el órgano? —preguntó el hombre con voz gangosa.

—Me temo que no —respondió Orlik.

—Yo tampoco —dijo el hombre, y se alejó con paso cansino por un callejón transversal.

A las 7.57, el mismo individuo descorrió desde dentro el cerrojo de las inmensas puertas barrocas de la iglesia. Sin saludar siquiera a Orlik con una inclinación de cabeza, se encaramó a la plataforma del órgano y, después de sentarse en medio del coro de ángeles de madera dorada que simulaban soplar sus trompetas, empezó a interpretar una marcha fúnebre compuesta por los dos acordes sonoros que había aprendido el día anterior. Su maestro había sido el organista que era demasiado holgazán para levantarse a esa hora y que había hallado un sustituto en el bedel.

El coche fúnebre —un Tatra 603— se detuvo a las 8.00 frente a la escalinata. Para apartar la atención del Pueblo de los retrógrados ritos cristianos, las autoridades habían decretado que todos los bautizos, bodas y funerales debían concluir antes de las 8.30. Tres de los portaféretros se apearon, y abrieron la puerta trasera ayudándose los unos a los otros.

Utz había planeado su funeral con puntilloso esmero. Un manto de claveles blancos cubría el ataúd de roble, aunque no había previsto la corona de vulgaridad bolchevique que le habían plantado encima: *poinsettias* rojas, gladiolos rojos, una cinta de raso rojo y una cenefa de hojas relucientes de laurel. Una tarjeta expresaba las condolencias (¿a quién?) del director del museo Rodolphinum y su personal.

Orlik añadió su modesto tributo.

Un segundo Tatra trajo a los tres portaféretros restantes. Éstos se habían apretujado en el asiento delantero junto al chófer mientras, en el asiento de atrás, viajaba una mujer solitaria vestida de luto, con el velo negro empapado por las lágrimas. Puesto que ninguno de los hombres se mostró dispuesto a ayudarla, ella abrió la portezuela y, estremecida por la aflicción, estuvo a punto de caer sobre los adoquines enlodados.

Las partes laterales de sus zapatos estaban rasgadas, para aliviar la presión sobre los juanetes.

Al reconocer a Marta, la fiel criada de Utz, Orlík corrió a auxiliarla, y ella se desplomó contra su hombro y se dejó escoltar. Cuando Orlík intentó aliviarla del peso de su maletín marrón imitación de cuero, ella se lo arrebató.

Los portaféretros —empleados de una fábrica de caucho que trabajaban en el turno de noche y que durante el día reemplazaban al sepulturero— habían cargado el ataúd sobre sus hombros y avanzaban por la nave mayor, con un compás que le recordaba a Orlík la marcha de los soldados en un desfile.

A mitad de trayecto, rumbo al altar, la procesión tropezó con la mujer de la limpieza que, equipada con jabón, agua y un cepillo, fregaba el blasón de la familia Rožmberk, taraceado en el suelo con incrustaciones de mármoles multicolores.

El primer portaféretro le pidió a la mujer, muy amablemente, que dejara pasar el ataúd. Ella frunció el ceño y siguió fregando.

A los portaféretros no les quedó otra alternativa que girar a la izquierda entre dos hileras de bancos, a la derecha por la nave lateral, y nuevamente a la derecha para eludir el púlpito. Finalmente se detuvieron frente al altar donde un cura más bien joven, con manchas de vino sacramental en el sobrepelliz, se mordía ansiosamente las uñas.

Depositaron el ataúd en el suelo con una demostración de hondo respeto. Luego, atraídos por el aroma de pan caliente que llegaba desde una panadería situada calle abajo, se fueron a tomar el desayuno y dejaron a Orlík y a la fiel Marta como únicos miembros de la comitiva fúnebre.

El sacerdote musitaba las oraciones a la velocidad de un número de claqué y, de vez en cuando, alzaba la vista en dirección a un fresco de las Alturas Celestiales. Después de encomendar el alma del difunto, debieron esperar por lo menos diez minutos hasta que los portaféretros se dignaron reaparecer, a las 8.26.

En el cementerio, donde casi se había derretido la nieve, el cura, aunque arropado en un grueso abrigo de sarga, empezó a sufrir un ataque de escalofríos. Apenas habían terminado de bajar el ataúd al hoyo, cuando empezó a empujar a la gimiente Marta, por las paletillas, en dirección a la limusina que la aguardaba. Rechazó la invitación de Orlík para desayunar en el hotel Bristol. En la esquina de la calle Jungmannova le gritó al chófer para pedirle que detuviera la marcha, y saltó del coche dando un portazo.

Utz había organizado, y pagado, aquel desayuno de despedida. Un olor acre a desinfectante fluía por el comedor. Las sillas estaban apiladas sobre las mesas, y otras mujeres de la limpieza restregaban los restos de un banquete que se había celebrado la noche anterior en honor de los expertos alemanes orientales y soviéticos en informática. En el fondo del salón, a la izquierda, había una mesa cubierta con un mantel de damasco blanco y preparada para veinte personas, con una copa estriada de vino tokay frente a cada plato.

Utz había calculado mal. Había previsto que asistiría por lo menos un puñado de sus primos más venales, en caso de que hubiera algo para aprovechar. También había contado con una delegación del museo, aunque sólo fuera para negociar la transferencia de sus porcelanas —las de Utz— a sus ávidas manos: las del personal del museo.

Al fin resultó que Marta y Orlík se sentaron solos, en sillas contiguas, y pidieron jamón ahumado, *crêpes* de queso y vino al desaliñado camarero.

En el extremo más lejano de la mesa se alzaba un descomunal oso disecado, erguido sobre las patas traseras, con la boca abierta y las zarpas delanteras extendidas. Algún bromista lo había colocado allí para que la clientela recordara al cordial protector de su país. Sobre el plinto, una placa de bronce anunciaba que lo había cazado un barón bohemio, no en los Tatras ni en los Cárpatos, sino en Yukon, en 1926. Era un oso pardo.

Después de beber uno o dos vasos de tokay, Marta desistió aparentemente de llorar a su difunto patrón. Después del cuarto vaso, torció la boca en una sonrisa burlona y gritó a voz en cuello:

—¡A la salud del Oso!... ¡A la salud del Oso!

En el verano de 1967 —un año antes de que los tanques soviéticos invadieran Checoslovaquia— fui a Praga para dedicar una semana a investigaciones históricas. El director de una revista, que conocía mi interés por el Renacimiento en el norte, me había encomendado que escribiera un artículo sobre la pasión del emperador Rodolfo II por coleccionar elementos exóticos, pasión esta que, en los últimos años de su vida, habría de convertirse en el único remedio para su depresión.

Yo me había propuesto convertir el artículo en parte de un trabajo de mayor envergadura sobre la psicología —o la psicopatología— del coleccionista compulsivo. Pero resultó que por mi holgazanería y mi desconocimiento de las lenguas, esa incursión específica en el estudio de Europa central terminó en nada. Recuerdo el episodio como una vacación muy placentera, costada por otros.

Antes de llegar a Checoslovaquia me había detenido en el Schloss Ambras, en las afueras de Innsbruck, para visitar la *Kunstkammer* o «gabinete de curiosidades» reunido por el tío de Rodolfo, el archiduque Fernando de Tirol. (El tío y el sobrino mantuvieron una afectuosa pero larga querrela en torno de quién habría de quedarse con el cuerno de narval de la familia Habsburgo y un copón de ágata de origen romano tardío que podía ser o no ser el Santo Grial).

La colección Ambras, con su salero de Cellini y su tocado de Moctezuma confeccionado con plumas de quetzal, había perdurado intacta desde el siglo XVI hasta el XIX, cuando los funcionarios del imperio, amedrentados por la turba revolucionaria, trasladaron a Viena sus tesoros más espectaculares. Hacía mucho tiempo que los portentos de Rodolfo —sus mandrágoras, su basilisco, su bezoar, su

copa de unicornio, su coco de las Seychelles montado en oro, su homúnculo en alcohol, sus clavos del Arca de Noé y su redoma de polvo a partir del cual Dios creó a Adán— habían desaparecido de Praga.

Igualmente, yo deseaba ver el tenebroso palacio-fortaleza, el Hradschin, donde ese solterón circunspecto —que hablaba en italiano a sus amantes, en español a su Dios, en alemán a sus cortesanos y en checo, rara vez, a sus campesinos rebeldes— descuidaba, durante semanas y semanas, los asuntos de su Santo y Romano Imperio y se encerraba con sus astrónomos (Tycho Brahe y Kepler eran sus protegidos). O buscaba la Piedra Filosofal con sus alquimistas. O discutía con rabinos eruditos los misterios de la Cábala. O, a medida que se agudizaban las crisis de su reino, se imaginaba a sí mismo convertido en un ermitaño, en las montañas. O se hacía retratar por Arcimboldo, quien pintaba el rostro del Emperador como una pila de frutas y hortalizas, con un calabacín y una berenjena a modo de cuello y un rábano a modo de nuez de Adán.

Puesto que no conocía a nadie en Praga, le pregunté a un amigo, un historiador que se especializaba en países del otro lado del telón de acero, si había alguien a quien me recomendara visitar.

Me respondió que Praga seguía siendo la más misteriosa de las ciudades europeas, donde lo sobrenatural era siempre una posibilidad. La propensión de los checos a «doblegarse» frente a la fuerza superior no era necesariamente una debilidad. Más bien, su visión metafísica de la vida los inducía a juzgar efímeros los actos de fuerza.

—Por supuesto —dijo—, podría ponerte en contacto con muchos intelectuales. Poetas, pintores, cineastas.

Ello, siempre que yo pudiera soportar un lamento interminable por el papel del artista en un Estado totalitario, o quisiera asistir a una fiesta que terminaría en una cama redonda.

Protesté. Seguramente exageraba.

—No —meneó la cabeza—. No lo creo.

Él sería el último en denigrar a un hombre que se arriesgaba a ir a parar a un campo de trabajo por publicar un poema en una revista extranjera. Pero, a su juicio, los auténticos héroes de esa situación imposible eran quienes no dejaban escapar un murmullo contra el Partido o el Estado, y sin embargo, parecían preservar dentro de sus cabezas la totalidad de la civilización occidental.

—Con su silencio —sentenció—, le infligen un insulto supremo al Estado: se comportan como si éste no existiera.

¿En qué otro país se podía encontrar, como lo había encontrado él, un guarda de tranvía que era especialista en teatro isabelino? ¿O un barrendero que había escrito un comentario filosófico sobre el Fragmento de Anaximandro?

Concluyó con la observación de que la utopía de Marx sobre una era de ocio infinito se había convertido, hasta cierto punto, en realidad. Con sus esfuerzos encaminados a eliminar los «vestigios de individualismo», el Estado brindaba un tiempo ilimitado para que el individuo inteligente soñara sus pensamientos particulares y heréticos.

Comenté que el motivo por el que yo visitaba Praga era quizá más frívolo que el que lo había estimulado a él, y le expliqué mi interés por el emperador Rodolfo.

—En ese caso te enviaré a casa de Utz —dijo—. Utz es un Rodolfo de nuestro tiempo.

Utz era propietario de una colección espectacular de porcelanas de Meissen que, gracias a sus expertas maniobras, habían sobrevivido a la segunda guerra mundial y a los años de estalinismo en Checoslovaquia. Hacia 1967 sumaba más de un millar de piezas, todas apretujadas en el pequeño apartamento de dos habitaciones de la calle Široká.

Los Utz de Krondorf habían sido una familia de pequeños terratenientes sajones con granjas en los Sudetes. Suficientemente prósperos para mantener una casa urbana en Dresde, e insuficientemente ilustres para figurar en el Almanaque de Gotha. Entre sus antepasados podían mencionar a un caballero cruzado. Pero los sajones de mejor cuna pronunciaban sus apellidos con un aire de perplejidad, incluso de disgusto. «¿Utz? ¿Utz? No. Imposible. ¿Qué gente es ésa?».

Su desdén no estaba del todo injustificado. En el diccionario etimológico de Grimm, «utz» encierra una multitud de connotaciones negativas: «borracho», «estólido», «tahúr», «traficante de jamelgos derrengados». En el dialecto de la Baja Suabia, «*Heinzen, Kunzen, Utzen oder Butzen*» equivale a «cualquier Fulano, Mengano o Zutano».

Al padre de Utz lo habían matado en el Somme en 1916, no antes de que hubiera redimido el honor de la familia al ganar la más gloriosa condecoración militar alemana «*Pour le Mérite*». Su viuda, a la que había conocido en Marienbad en 1905 —y con la que se había casado haciendo oídos sordos a la angustia de sus padres— era hija de un historiador partidario de la restauración checa y de una heredera judía cuya fortuna provenía de las acciones ferroviarias.

Kaspar era su único nieto.

En su infancia, Kaspar había pasado un mes de cada verano en Čéske Krížove, un castillo neomedieval situado entre Praga y Tábor, donde esta anciana demacrada, cuya piel cetrina se resistía a arrugarse y cuyos cabellos se negaban a virar al gris, reposaba lisiada por la artritis en un salón decorado con colgaduras de brocado carmesí e imágenes exageradamente barnizadas de la Virgen.

Convertida al catolicismo, se rodeaba de sacerdotes untuosos y genuflexos que alababan la pureza de su fe con la esperanza de obtener compensaciones económicas.

Las hileras de begonias y cinerarias de su invernadero la protegían de una magnífica ondulación de la campiña de Bohemia central.

A varios vecinos los indignaba que una mujer de su raza adoptara las manifestaciones externas de la vida aristocrática, hasta el punto de poblar su escalera con armaduras y de mantener un oso encerrado en un sector del foso circundado por un muro. Sin embargo, ella había previsto, aun antes de Sarajevo, la marejada creciente del socialismo en Europa y, mientras hacía girar un globo terrestre tal como otra mujer habría recitado el rosario, apuntaba con el dedo los lugares remotos donde había diversificado sus inversiones: una mina de cobre en Chile, algodón en Egipto, una fábrica de conservas en Australia, oro en Sudáfrica.

Le regocijaba la idea de que su fortuna seguiría incrementándose después de su muerte. La de *ellos* se esfumaría: en la guerra o la revolución; dilapidada en caballos, mujeres y mesas de juego. En Kaspar, un niño moreno, introspectivo, sin un atisbo de la tez rubicunda de su padre, ella reconocía la palidez del *ghetto*... y lo adoraba.

Fue en Čéske Krížove donde este chiquillo precoz, de puntillas frente a una vitrina de porcelanas antiguas, quedó hechizado por una figura de Arlequín modelada por el más formidable artista de Meissen, J. J. Kaendler.

El Arlequín se hallaba sentado sobre un tronco de árbol. Su cuerpo esbelto estaba enfundado en un disfraz de rombos multicolores. Con una mano blandía un pichel de plata oxidada; con la otra sostenía un flexible sombrero amarillo. Tenía el rostro cubierto por una sardónica máscara anaranjada.

—Lo quiero —dijo Kaspar.

La abuela palideció. Su impulso la incitaba a darle todo lo que pedía. Pero esta vez respondió:

—¡No! Quizá más adelante. Ahora no.

Cuatro años más tarde, para consolarlo por la muerte de su padre, el Arlequín llegó a Dresde en una caja de cuero especialmente confeccionada, a tiempo para un lúgubre festejo de Navidad. Kaspar hizo girar la figura a la luz titilante de la vela y deslizó sus dedos regordetes, amorosamente, sobre la capa vitrificada y los esmaltes brillantes. Había descubierto su vocación: dedicaría su vida a coleccionar —«rescatar» como terminó diciendo— las porcelanas de la fábrica de Meissen.

Descuidó sus estudios escolares y, sin embargo, indagó la historia de la manufactura de porcelana, desde sus orígenes en China hasta su redescubrimiento en Sajonia durante el reinado de Augusto el Fuerte. Compró nuevas piezas. Vendió las que eran de calidad inferior o estaban agrietadas. A los diecinueve años había publicado en la revista *Nunc* una apasionada defensa del estilo rococó —un arte de curvas traviesas propio de una época en que los hombres adoraban a las mujeres—, rebatiendo la calumnia del pederasta Winckelmann: «La porcelana casi siempre se plasma en muñecos idiotas».

Utz pasó muchas horas en los museos de Dresde, escudriñando las hileras de figuras de la *Commedia dell'Arte* que provenían de las colecciones reales. Guardadas

con llave y bajo láminas de cristal, parecían invitarlo a entrar en su mundo secreto, liliputiense... y también clamar por su liberación. Su segunda publicación se tituló: «El coleccionista particular».

«Un objeto guardado en la vitrina de un museo», escribió, «debe sufrir la existencia desnaturalizada de un animal recluso en un zoológico. En cualquier museo el objeto muere, víctima de la sofocación y de la mirada pública, en tanto que la propiedad privada le confiere al poseedor el derecho y la necesidad de tocarlo. Así como el niño extiende el brazo para manipular el objeto que nombra, así también el coleccionista privado, al concertar la vista con la mano, le devuelve a aquél el toque vivificante de su creador. El enemigo del coleccionista es el curador de museo. Lo ideal sería que se saquearan los museos cada cincuenta años, y que se volvieran a poner en circulación sus colecciones...».

—¿Qué significa esta manía de Kaspar por la porcelana? —le preguntó la madre de Utz al médico de la familia.

—Una perversión —respondió—. Como cualquier otra.

La vida sexual de Augusto el Fuerte, tal como la describe Von Pöllnitz en *La Saxe Galant*, sirvió de paradigma a Utz. Pero cuando aspiró a imitar, en un establecimiento vienés, las conquistas de aquel monarca grandioso e insaciable, con la esperanza de descubrir en Mitzi, Suzi y Liesl los encantos de una Aurora, condesa de Königsmark, de una *mademoiselle* Kessel o de cualquier otra diosa de la corte de Dresde, las chicas quedaron desconcertadas por la solemnidad científica con que las abordaba el joven, y se deshicieron en risitas al descubrir la minúscula escala de su equipo.

Se fue, y recorrió solo las húmedas calles que llevaban a su hotel.

Los anticuarios le tributaron una acogida más calurosa. La venta de sus granjas de los Sudetes, en 1932, le permitió gastar pródigamente. Los fallecimientos de su madre y su abuela, en rápida sucesión, le permitieron pujar contra un Rothschild.

Desde el punto de vista político, Utz era neutral. Su carácter tenía una faceta tímida que toleraba cualquier ideología con la condición de que lo dejaran en paz. Y una faceta terca que se negaba a dejarse coaccionar. Detestaba la violencia y, sin embargo, recibía con beneplácito los cataclismos que arrojaban al mercado nuevas obras de arte. «Las guerras, los pogroms y las revoluciones», acostumbraba decir, «brindan excelentes oportunidades al coleccionista».

El derrumbe de la Bolsa de Valores se convirtió en una de aquellas oportunidades. La *Kristallnacht*, o noche de los cristales, fue otra. Aquella misma semana viajó urgentemente a Berlín para comprar porcelanas, en dólares norteamericanos, a los *connoisseurs* judíos que deseaban emigrar. Al terminar la guerra habría de ofrecer un servicio análogo a los aristócratas que huían del ejército soviético.

Como ciudadano del Reich aceptó la anexión de los Sudetes, aunque sin entusiasmo. La ocupación de Praga le hizo comprender, empero, que Hitler no tardaría en desencadenar una guerra europea. También comprendió, en virtud del principio según el cual los invasores siempre acaban mal, que Alemania no triunfaría.

Movido por esta corazonada, consiguió retirar treinta y siete cajones de porcelanas de la casa familiar de Dresde. Los cajones llegaron a Čéske Krížove durante el verano de 1939. No los abrió.

Aproximadamente un año más tarde, poco después de la *Blitzkrieg*, recibió la visita de su primo segundo pelirrojo, Reinhold: un individuo espabilado pero fundamentalmente cándido que, en su época de estudiante, había jurado que *Ayuda mutua*, de Kropotkin, era el libro más estupendo jamás escrito, y que ahora explicaba sus teorías sobre la biología racial con analogías extraídas de la cría de perros. Un Utz, insinuó, aunque estuviera contaminado por sangre extranjera, debía asumir inmediatamente el uniforme de la Wehrmacht.

Mientras cenaban, Utz escuchó cortésmente a su primo que se jactaba de las victorias obtenidas en Francia. Pero cuando le oyó profetizar que los alemanes ocuparían el palacio de Buckingham antes de que terminara el año, experimentó, contra lo que aconsejaba el sentido común, una eclosión de anglofilia latente.

—No lo creo —se oyó decir—. Subestimas a ese pueblo. Yo los conozco. He estado personalmente en Inglaterra.

—Ajá —murmuró el primo, y después de dar un taconazo se encaminó hacia el coche oficial que lo esperaba.

Utz había estado realmente en Inglaterra a los dieciséis años, para aprender el idioma. Durante un otoño y un lúgubre mes de diciembre, *miss* Beryl Parkinson, exinstitutriz de su madre, lo había alojado en Bexhill-on-Sea, en una casa llena de gatos y relojes de cuco desde donde podía contemplar las olas turgentes que rompían en la escollera.

Aprendió un poco de inglés. ¡No mucho! También realizó una fugaz excursión a Londres, y volvió de allí con una vivida noción de cómo se comportaban y vestían los caballeros ingleses. Regresó a Dresde ataviado con una chaqueta de *tweed*, de corte audaz y un par de zapatos confeccionados a mano.

Fue esta misma chaqueta marrón, un poco raída, con una talla un par de números por debajo de lo necesario, y con parches de cuero cosidos sobre los codos, la que habría de vestir durante toda la guerra, a modo de desafío, cada vez que estaba en presencia de oficiales alemanes.

También se la puso cuando cuestionaron su pureza racial durante el reinado de Reinhard Heydrich, «El carnicero de Praga»: una tarde, desconcertó a quienes lo interrogaban al extraer de su bolsillo la condecoración que su padre había ganado en la Primera guerra. ¿Cómo se atrevían?, vociferó, mientras estrellaba la medalla contra la mesa. ¿Cómo se atrevían a insultar al hijo de un gran soldado alemán?

Fue una maniobra audaz y dio resultado. No volvieron a molestarlo. Se recluyó discretamente en Čéske Krížove y, por primera vez en su vida, hizo ejercicios físicos con regularidad: trabajaba con sus leñadores en el aserradero. El 16 de febrero de 1945 llegó la noticia de que su casa de Dresde había sido arrasada. Su amor por Inglaterra se desvaneció para siempre cuando le oyó decir al locutor de la BBC: «Hoy

no quedan porcelanas en Dresde». Le regaló la chaqueta a un gitano que había huido de los campos de concentración.

Un mes después de la capitulación, cuando a los alemanes y proalemanes los citaban de sus casas, o los escoltaban hasta la frontera «con lo que llevaban puesto», Utz consiguió abjurar de su pasaporte alemán y obtuvo la nacionalidad checa. Le resultó más difícil aventar los rumores de que había colaborado en las actividades del escuadrón de arte de Goering.

Los rumores eran ciertos. Había cooperado. Había dado información: un goteo de datos acerca de la ubicación de determinadas obras de arte, datos que estaban al alcance de cualquiera que supiese utilizar una biblioteca especializada. Al proceder así había conseguido proteger, e incluso ocultar, a varios amigos judíos, entre los que se contaba el célebre hebraísta Zikmund Kraus. ¿Qué valía, después de todo, un Tiziano o un Tiépolo si se podía salvar una vida humana?

Por lo que concernía a los comunistas, apenas se dio cuenta de que el gobierno de Beněs iba a caer, empezó a congraciarse con los futuros amos. Cuando Utz se enteró de que Klement Gottwald se había instalado en el castillo de Praga —«un trabajador en el trono de los reyes de Bohemia»— su reacción consistió en entregar sus tierras a una granja colectiva, y su propio castillo para que albergara un asilo psiquiátrico.

Estas medidas le permitieron ganar tiempo: el suficiente, al menos, para evacuar las porcelanas, sin pérdidas ni roturas, antes de que las requisara la chusma.

Su siguiente maniobra consistió en hacer gala de que iniciaba estudios de hebreo bajo la dirección del doctor Kraus: aquéllos eran los años en que los retratos de Marx y Lenin colgaban en los *kibbutz* israelíes. Obtuvo un empleo mal remunerado, como catalogador de la Biblioteca Nacional. Se instaló en un apartamento discreto de Židovské Město: su anterior ocupante había desaparecido en la «Heydrichiada».

Dos veces por semana asistía lealmente a la proyección de una película soviética.

Cuando su amigo el doctor Orlík le sugirió huir juntos a Occidente, Utz señaló las hileras de estatuillas de Meissen, que se alineaban de seis en fondo en los estantes, y dijo:

—No puedo abandonarlas.

—¿Cómo lo consiguió?

—¿Cómo consiguió qué?

—Las porcelanas. ¿Cómo consiguió conservarlas?

—Concertó un acuerdo.

Mi amigo el historiador me reseñó los hechos tal como los conocía. Parece que las autoridades comunistas —siempre dispuestas a asumir una apariencia de legalidad— permitieron que Utz conservara sus porcelanas con la condición de que dejara fotografiar y numerar cada pieza. También se convino —aunque nunca por escrito— que, después de su muerte, los museos del Estado se quedarían con todo.

Además, el marxismo-leninismo nunca había abordado a fondo el concepto de la colección privada. En los tiempos de la Tercera Internacional, Trotski había hecho

algunos comentarios informales sobre el tema. Pero nadie había resuelto jamás si la posesión de una obra de arte desacreditaba a su propietario ante los ojos del proletariado. ¿El coleccionista era un enemigo de clase? Y en caso de serlo, ¿cómo?

La Revolución, por supuesto, postulaba la abolición de la propiedad privada sin definir nunca la tenue línea divisoria que separaba la propiedad (que era nociva para la sociedad) de los bienes del hogar (que no lo eran). Un cuadro de un gran maestro podía catalogarse como un tesoro nacional, pasible de confiscación, y en Praga había familias que conservaban sus Picassos y Matisse enrollados entre los listones del suelo. ¿Pero las porcelanas? Las porcelanas también se podían catalogar como loza doméstica. De modo que, siempre que no las sacaran clandestinamente del país, carecían, teóricamente, de valor. El hecho de empezar a confiscar estatuillas de cerámica podría convertirse en una pesadilla burocrática.

«Imaginaos si empezáramos a requisar una cantidad infinita de bustos de yeso de Lenin...».

Uno olvidaba inmediatamente sus facciones. Tenía un rostro redondo, de textura cérea, sin un atisbo de las pasiones ocultas bajo su superficie, decorado con ojillos estrechos tras gafas con montura de acero: un rostro tan desprovisto de personalidad que daba la impresión de no estar allí. ¿Tenía bigote? Lo he olvidado. Agregad un bigote, quitad un bigote: nada alteraría su aspecto totalmente impersonal. Supongamos, entonces, que agregamos un bigote. Un bigote nítido, erizado, acorde con los rasgos precisos, de soldado de juguete, que eran la única evidencia de su linaje teutón. Había peinado su pelo en forma de serpientes grasientas que le atravesaban el cuero cabelludo. Usaba un traje de estameña gris a rayas, ligeramente raído en las bocamangas, y se había frotado generosamente con colonia Knize Ten.

Pensándolo mejor, creo que será preferible quitar el bigote. Agregarlo podría abrumar las facciones hasta el punto de que nada perduraría en la memoria excepto las gafas y el bigote —con unas pocas gotas de sopa de pescado, coloreadas por el pimentón, adheridas a él— del otro lado de la mesa en el restaurante Pstruh.

Pstruh significa «trucha» en checo... ¡y vaya si había truchas! Las cadencias del quinteto «La trucha» fluían metódicamente de los altavoces ocultos y cardúmenes de truchas —rosadas, pecosas, con las panzas rielando bajo las luces de neón— nadaban de acá para allá en un acuario que ocupaba la mayor parte de una pared.

—Comerá trucha —dijo Utz.

Le había telefoneado el día de mi llegada, pero al principio pareció renuente a verme.

—*Ja! Ja!* Lo sé. Pero será difícil.

Yo había seguido el consejo de mi amigo, y había traído de Londres unos paquetes de Earl Grey, su té favorito. Se los mencioné. Cedió y me invitó a almorzar: el jueves, o sea el día anterior a mi partida, y no, como yo había esperado, en su

apartamento, sino en un restaurante.

El restaurante, una reliquia de los años treinta situado en un soportal próximo a la plaza Wenceslas, tenía un decorado de la era del maquinismo, con planchas de vidrio, cromo y cuero. Del cielo raso colgaba un galeón en miniatura, con velas de pergamino ahuecado. Al mirar la foto del camarada Novotny, uno se preguntaba cómo un hombre con una boca tan desagradable aceptaba que lo retrataran.

El *maître*, sofocado por el calor de julio, nos ofreció sendos menús que parecían misales de la Edad Media.

Esperábamos la llegada del amigo de Utz, el doctor Orlík, con quien almorzaba allí todos los jueves desde 1946.

—Orlík —me explicó—, es un ilustre científico de nuestro Museo Nacional. Es paleontólogo. Su especialidad es el mamut, pero también entiende de moscas. Lo pasará bien con él. Es muy bromista y simpático.

No tuvimos que esperar mucho hasta que un hombre enjuto, barbudo, que vestía un lustroso traje cruzado, hizo su entrada por la puerta giratoria. Orlík se quitó la boina, dejando al descubierto una mata de pelo crespo entrecano, y se sentó. Su mano, que más parecía la pinza de un crustáceo, le dio a la mía un pellizco doloroso y se desplazó para atacar las rosquillas. Su frente estaba cruzada por profundos surcos. Yo miraba admirado el vaivén de sus mandíbulas.

—¡Ajá! —exclamó, mientras me observaba de soslayo—. ¿Inglés, eh? ¡Un inglés! Sí. ¡Sí! Dígame, ¿aún vive el profesor Horsefield?

—¿Quién es Horsefield? —pregunté.

—Escribió unas palabras amables sobre mi artículo en el *Journal of Animal Psychology*.

—¿Cuándo fue eso?

—En 1935 —respondió—. Quizás en 1936.

—Nunca oí hablar de Horsefield.

—Qué pena —dijo Orlík—. Era un científico eminente.

Hizo una pausa para triturar la última rosquilla. Sus ojos verdes despedían destellos de traviesa malicia.

—Generalmente —prosiguió—, no tengo una buena opinión de sus compatriotas. Ustedes nos traicionaron en Munich... Nos traicionaron en Yalta...

Utz, alarmado por el giro peligroso que tomaba la conversación, lo interrumpió y manifestó, solemnemente:

—No puedo creer que los animales tengan alma.

—¿Cómo te atreves a decir eso? —espetó Orlík.

—Diciéndolo.

—Ya sé que lo dices. Lo que no sé es cómo puedes decirlo.

—Haré el pedido —anunció Utz, que agitó la servilleta, como si fuese una bandera de tregua, en dirección al *maître*—. Pediré trucha. «*Au bleu*», ¿no es así?

—*Blau* —corrigió Orlík.

—Tú dirás *blau*.

Orlík me tiró de la manga.

—Mi amigo el señor Utz aquí presente cree que la trucha no siente más que un cosquilleo cuando la sumergen en agua hirviendo. Yo no opino lo mismo.

—No hay truchas —dijo el *maître*.

—¿Cómo que no hay truchas? —protestó Utz—. Sí que hay truchas. *Muchas* truchas.

—No hay red.

—¿Pero qué dice? ¿No hay red? La semana pasada la había.

—Se rompió.

—Se rompió. No lo creo.

El *maître* se llevó un dedo a los labios y susurró:

—Esas truchas están reservadas.

—¿Para ellos?

—Para ellos —asintió.

Cuatro hombres gordos comían truchas en una mesa próxima.

—Muy bien —accedió Utz—. Comeré anguilas. ¿Ustedes también comerán anguilas?

—Yo sí —contesté.

—No hay anguilas —anunció el *maître*.

—¿No hay anguilas? Eso es malo. ¿Qué tienen?

—Tenemos carpa.

—¿Sólo carpa?

—Carpa.

—¿Cómo cocinarán esa carpa?

—De muchas maneras. —El *maître* señaló el menú—. ¿Cómo la prefieren?

El menú estaba escrito en varios idiomas: en checo, ruso, alemán, francés e inglés. Pero el compilador de la página en inglés, quienquiera que fuese, había confundido la palabra *carp*, o sea «carpa», con *crap*. Bajo el encabezamiento «*Crap disbes*», «platos de *crap*», había sopa de *crap* con páprika, *crap* rellena, guisada con cerveza, frita, albóndigas de *crap*, *crap* al estilo judío...

—En Inglaterra —dije—, este pescado se llama *carp*. *Crap* tiene otro significado.

—Oh —comentó el doctor Orlík—. ¿Qué significa?

—Excrementos —respondí—. Mierda.

Lamenté haber dicho esto porque Utz pareció extraordinariamente abochornado. Sus ojillos parpadearon, como si alimentara la esperanza de haber oído mal. El jadeante caparazón de Orlík se estremeció, sacudido por la risa.

—¡Ja! ¡Ja! —chilló—. Mierda al estilo judío... ¡Mi amigo el señor Utz comerá *Crap* al estilo judío!...

Yo temía que Utz se levantara y se fuera, pero se sobrepuso a su mortificación y pidió sopa y la «*Carpe meunière*». Opté por la línea de menor resistencia y pedí lo

mismo. Orlik rugió con su voz potente y quebrada:

—No. No. Yo comeré «*Crap* al estilo judío»...

—¿Y para empezar? —preguntó el *maître*.

—Nada —contestó Orlik—. ¡Sólo *crap*!

Intenté desviar la conversación hacia la colección de porcelanas de Utz. Su reacción consistió en retraerse dentro del cuello de la camisa y en decir, vagamente:

—El doctor Orlik también es coleccionista. Pero de moscas.

—¿Moscas?

—Moscas —asintió Orlik.

Empecé a formarme una imagen mental de su morada: la cama revuelta y los ceniceros desbordados; la avalancha de periódicos amarillentos; el microscopio; los frascos de exterminación y, alineándose a lo largo de las paredes, los estuches con cara de cristal que contenían moscas de todos los rincones del globo, cada una de ellas pinchada con un alfiler. Mencioné unas hermosas libélulas que había visto en Brasil.

—¿Libélulas? —Orlik frunció el entrecejo—. No me interesan. Sólo me interesa la *Musca domestica*.

—¿La mosca común?

—Eso es lo que es.

—Contesta —lo interrumpió nuevamente Utz—. ¿Cuál fue el día en que Dios creó la mosca? ¿El quinto? ¿O el sexto?

—¿Cuántas veces tendré que repetírtelo? —clamó Orlik—. Tenemos ciento noventa y nueve millones de años de moscas. ¡Pero tú siempre hablas de días!

—Qué duro —comentó Utz, filosóficamente.

Una mosca se había posado sobre el mantel y sorbía un poco de sopa que el camarero había dejado caer del cucharón. Orlik invirtió con un giro fulminante de la muñeca un vaso de vidrio, y atrapó al insecto debajo de su cavidad. Deslizó el vaso hasta el borde de la mesa y transfirió la mosca al frasco de exterminio que sacó del bolsillo. Se oyó un zumbido colérico, y después el silencio.

Extrajo una lupa y escudriñó a su víctima.

—Interesante ejemplar —manifestó—. Incubada, diría yo, en la cocina de este establecimiento. Preguntaré.

—No preguntarás —espetó Utz.

—Sí lo haré. Preguntaré.

—No lo harás.

—¿Y qué fue lo que provocó su encuentro con la mosca doméstica? —inquirí.

Mientras expulsaba espinas de carpa a través de la barba, Orlik describió cómo había consagrado treinta años de su vida al estudio de determinados aspectos del mamut peludo: un trabajo que lo había llevado a las tundras de Siberia donde ocasionalmente se encuentran mamuts congelados en el *permafrost*. El fruto de estas investigaciones había culminado —aunque generalmente era demasiado modesto

para mencionarlo— en su tesis magistral *El mamut y sus parásitos*. Pero apenas la vio publicada, experimentó la necesidad de estudiar alguna forma de vida inferior.

—Resolví estudiar la *Musca domestica* en el área metropolitana de Praga — explicó.

Así como a su amigo el señor Utz le bastaba una mirada para saber si una pieza de porcelana de Meissen había sido fabricada con la arcilla blanca de Colditz o con la arcilla blanca del Erzgebirge, él, Orlík, pretendía saber, después de haber examinado bajo el microscopio la membrana iridiscente de un ala de mosca, si el insecto procedía de Malá Strana o de Židovské Město o de uno de los basureros que ahora rodeaban la Nueva Ciudad Jardín.

Confesó sentirse encantado por la vitalidad de la mosca. Entre sus colegas entomólogos —sobre todo los afiliados al Partido— estaba de moda aplaudir el comportamiento de los insectos sociales: hormigas, abejas, avispas y otras variedades de himenópteros que se organizaban en comunidades regimentadas.

—Pero la mosca —afirmó Orlík—, es anarquista.

—¡Silencio! —exclamó Utz—. ¡No pronuncies esa palabra!

—¿Qué palabra?

—Esa palabra.

—Sí. Sí. —Orlík levantó el timbre de su voz una octava—. La pronunciaré. La mosca es anarquista. Es individualista. Es un donjuán.

Los cuatro robustos miembros del Partido, a los cuales estaba dirigido este exabrupto, se hallaban demasiado ocupados para prestar atención: devoraban con los ojos la segunda ración de trucha cuya carne, en ese momento, el camarero separaba del espinazo y la piel azul.

—Yo no provengo del Pueblo —dijo Orlík—. Tengo sangre noble.

—¡Oh! —se sorprendió Utz—. ¿De qué nobleza?

Pensé fugazmente que el almuerzo iba a terminar en una competición de injurias, hasta que me di cuenta de que ése era otro de sus bien ensayados dúos. Lo siguió una discusión sobre los méritos (o deméritos) de Kafka, a quien Utz veneraba como si de un demiurgo se tratase en tanto que Orlík lo desechaba por considerarlo un impostor. Era correcto que abolieran sus libros.

—¿Que los prohíban, quiere decir? —intervine—. ¿Que los censuren?

—No quiero decir eso —respondió—. Hablé de abolidos.

—¡Paf! ¡Paf! —Utz dio una palmada—. ¿Qué tontería es ésta?

El argumento de Orlík contra Kafka descansaba sobre la dudosa condición entomológica del insecto de la narración *Metamorfosis*. Nuevamente pensé que entrábamos en terreno peligroso. Nuevamente se apaciguó el tumulto. Bebimos una taza de café anémico. Orlík me sonsacó mi dirección en Londres, la garrapateó sobre una servilleta de papel, hizo una pelotilla con el escrito y se la guardó en el bolsillo.

Interceptó la cuenta y la blandió delante de la cara de Utz.

—Pagaré yo —anunció.

—No pagarás.

—Lo haré. Debo hacerlo.

—Que no —insistió Utz, arrebatando la cuenta que Orlik le tendía para que se la arrebatara.

Orlik bajó los párpados con aire de asentimiento.

—¡Aah! —Hizo un ademán lúgubre con la cabeza—. Lo sé. Pagaré el señor Utz.

—Y ahora —dijo Utz, girando hacia mí—, permitirá que le muestre algunos monumentos de nuestra bella ciudad.

Utz y yo pasamos el resto de la tarde deambulando por las escasamente pobladas calles de Malá Strana, deteniéndonos de cuando en cuando para admirar la fachada de la casa de un mercader, cubierta de ampollas, o algún palacio barroco o rococó... el Vrtba, el Pálffy, el Lobkovic: Utz recitaba sus nombres como si los constructores fueran amigos íntimos.

En la iglesia de Nuestra Señora de la Victoria, la cérea imagen española del Niño Jesús, aureolada por un estallido de oro, se parecía más a la divinidad vengativa de la Contrarreforma que a la bienaventurada criatura de Belén.

Subimos a lo largo de la calle Neruda y discurrimos alrededor del Hradshin, el escenario de mis inútiles búsquedas de la semana anterior. Luego nos sentamos en un huerto al pie del monasterio Strahov. Un hombre en calzoncillos tomaba el sol sobre el césped. La pelusa de los álamos balsámicos flotaba en el aire y se posaba sobre nuestras ropas como copos de nieve.

—Ya verá —dijo Utz, mientras blandía su bastón de roten sobre la multiplicidad de pórticos y cúpulas que se desplegaban a nuestros pies—. Esta ciudad luce una máscara trágica.

También era una ciudad de gigantes: gigantes de piedra, de estuco o mármol; gigantes desnudos; gigantes negros; gigantes que parecían vestidos como si amenazara un huracán, nunca en actitud de reposo, debatiéndose contra alguna fuerza invisible o jadeando bajo el peso de los arquivadas.

—El gigante doliente —añadió, sin convicción—, es el emblema de nuestro pueblo perseguido.

Comenté irónicamente que el gusto por los gigantes era en general un síntoma de decadencia: una época que adoptó como ideal el Hércules del palacio Farnesio estaba condenada a terminar en aprietos.

Utz replicó con la historia de Federico Guillermo de Prusia que en una oportunidad reunió una colección de gigantes de carne y hueso —la mayoría de ellos semirretardados mentales— para engrosar las filas de sus granaderos de Potsdam.

Luego explicó cómo su debilidad por los gigantes había desembocado en una de las transacciones diplomáticas más excéntricas del siglo XVIII, en virtud de la cual Augusto de Sajonia eligió ciento veintisiete piezas de porcelana china del palacio de

Charlottenburg, en Berlín, y entregó a cambio seiscientos gigantes «de la estatura estipulada», reclutados en las provincias orientales.

—Nunca me gustaron los gigantes —afirmó.

—Una vez conocí a un hombre que traficaba con enanos —dije.

—¡Oh! —Parpadeó—. ¿Enanos, dice?

—Enanos.

—¿Dónde conoció a ese hombre?

—En un vuelo a Bagdad. Iba a examinar un enano para un cliente.

—¡Un cliente! ¡Esto es maravilloso!

—Tenía dos clientes —proseguí—. Uno era un jeque petrolero árabe. El otro tenía hoteles en Pakistán.

—¿Y qué hacían con los enanos? —Utz me dio un golpecito en la rodilla.

Había palidecido por efecto de la emoción y se enjugaba el sudor de la frente.

—Los conservaban —contesté—. Si no recuerdo mal, al jeque le gustaba sentar a su enano favorito sobre su antebrazo, y a su halcón favorito sobre el antebrazo del enano.

—¿Nada más?

—¿Cómo podría saberse?

—Tiene razón —asintió Utz—. Éstas son cosas que nadie puede saber.

—Ni quiere saber.

—¿Y cuánto costaría un enano? ¿En estos días?

—¿Quién sabe? Coleccionar enanos ha sido siempre caro.

—Es una hermosa historia. —Me sonrió—. Gracias. A mí también me gustan los enanos. Pero no para lo que usted piensa.

Empezaba a caer la tarde y estábamos sentados en un banco de listones en el viejo cementerio judío. Los palomos zureaban sobre el techo de la sinagoga Klausen. Los rayos del sol, que se filtraban a través de los sicomoros, iluminaban espirales de jejenes y se posaban sobre las lápidas tapizadas de musgo que, hacinadas las unas sobre las otras, parecían rocas cubiertas de algas en la bajamar.

A nuestra derecha, un grupo de jasidistas norteamericanos —jóvenes pálidos y miopes tocados con solideos— depositaba guijarros sobre la tumba del gran rabino Loew. Posaron para una fotografía, de espaldas a la piedra sepulcral curvada como un pergamino a medio enrollar.

Utz me explicó cómo, después de la erradicación de los barrios pobres, en los años 1890, el primitivo *ghetto* —aquella madriguera de pasadizos secretos y cuartos olvidados que Meyrink describió tan vividamente— había sido reemplazado por edificios de apartamentos. Las sinagogas, el cementerio y el viejo ayuntamiento eran, prácticamente, los únicos monumentos supervivientes. Los nazis, continuó Utz, lejos de destruirlos, los habían conservado para formar un proyectado Museo de la Judería,

donde los turistas arios del futuro podrían inspeccionar las reliquias de un pueblo tan extinguido como los aztecas o los hotentotes.

Cambió de tema.

—¿Ha oído contar la historia del gólem?

—Sí —respondí—. El gólem era un hombre artificial... un hombre mecánico... un prototipo del robot. Lo creó el rabino Loew.

—Amigo mío —dijo, sonriendo—, creo que usted sabe muchas cosas. Pero aún le falta conocer muchas más.

El rabino Loew había sido el guía indiscutido de la judería de Praga durante el reinado del emperador Rodolfo: los judíos de Europa central nunca volverían a disfrutar de tanta estima y privilegios. Recibía a príncipes, y embajadores, y era recibido por su soberano en el Hradshin. Las enseñanzas del jasidismo asimilaron muchos de sus escritos, entre los que se contaba la homilía «Sobre el endurecimiento del corazón del Faraón». Como cualquier otro cabalista, creía que todo acontecimiento —pasado, presente y futuro— ya estaba escrito en la Torá.

Fue inevitable que al rabino le atribuyeran, después de su muerte, poderes sobrenaturales. Perduran historias —ninguna de las cuales se originó mientras él vivía— que cuentan cómo, con un abracadabra, transportó un castillo de la campiña de Bohemia al *ghetto* de Praga. O cómo le dijo en la cara al emperador que su verdadero padre era judío. O cómo apabulló al jesuita loco, el padre Tadeo, y demostró que los judíos eran inocentes del crimen ritual. O cómo plasmó a Yossel el gólem a partir del lodo viscoso del río Vltava.

Todas las leyendas del gólem provenían de la antigua creencia judía en el hecho de que cualquier hombre justo podía crear el mundo con sólo repetir, en el orden estipulado por la Cábala, las letras del nombre secreto de Dios. «Gólem» significaba en hebreo «amorfo» o «no creado». El mismo padre Adán había sido «gólem», una masa inerte de arcilla tan extensa que cubría los extremos de la Tierra: esto es, hasta que Iahvé lo redujo a la escala humana e insufló en su boca la facultad del habla.

—Así que ya lo ve —añadió Utz—. Adán no fue sólo el primer ser humano. También fue la primera escultura de cerámica.

—¿Acaso sugiere que sus porcelanas tienen vida?

—Sí y no —contestó—. Están vivas y están muertas. Pero si *estuvieran* vivas, también tendrían que morir. ¿No es verdad?

—Si usted lo dice.

—Muy bien. Pues entonces lo digo.

—Estupendo —asentí—. Continúe hablando de los gólem.

Una de sus historias predilectas provenía de un texto medieval que había descubierto Gershom Scholem: en él estaba escrito que Jesucristo («como *nuestro* amigo J. J. Kaendler») acostumbraba moldear pájaros de arcilla, pájaros estos que,

después de que Él hubiera pronunciado la fórmula sagrada, cantaban, agitaban las alas y volaban.

Otra historia («¡Oh! ¡Qué historia judía!») hablaba de dos rabinos hambrientos que, después de moldear la figura de un becerro, le insuflaron vida, y a continuación lo degollaron y lo comieron a la hora de la cena.

En cuanto a la fabricación del gólem, una receta incluida en el *Séfer letzirá* o «Libro de la Creación» exigía una cantidad de tierra virgen de montaña. Había que amasarla con agua fresca de manantial, y de ella emergía una imagen humana. El hacedor debía recitar la combinación alfabética apropiada sobre cada una de las extremidades de la imagen. Luego marchaba alrededor de ella cierto número de veces, en el sentido de las agujas del reloj, cumplido lo cual el gólem se levantaba y vivía. Si el hacedor repetía el trayecto en la dirección contraria, la criatura volvía a convertirse en arcilla.

Ninguna de las fuentes primitivas informa de si el gólem podía hablar o no. Pero el autómatas tenía el don de la memoria y obedecía las órdenes mecánicamente, sin reflexionar, con tal que se las dieran a intervalos regulares. En caso contrario, el gólem podía ponerse frenético.

Los gólem también crecían, centímetro a centímetro, todos los días: aparentemente anhelaban alcanzar la dimensión colosal del Adán Cósmico, para así poder aplastar a sus creadores y dominar el mundo.

—La magnitud de los gólem no tenía límite —afirmó Utz—. Eran muy peligrosos.

Se decía que el gólem portaba una banda de metal llamada *shem*, ya fuera atravesada sobre la frente o debajo de la lengua. El *shem* tenía inscrita la palabra hebrea *emet*, o Verdad de Dios. Cuando un rabino deseaba destruir su gólem, le bastaba con extirpar la primera letra, para que *emet* se convirtiera en *met*, que significa «muerte», y el gólem se disolvía.

—Ya veo —dije—. ¿El *shem* era una especie de batería?

—Lo era.

—¿Sin la cual la máquina no funcionaba?

—Eso mismo.

—¿Y el rabino Loew?...

—Quería un sirviente. Era un buen hombre de negocios judío. Quería un sirviente al que no tuviera que pagarle sueldo.

—¿Y que no lo contradijera!

El gólem del rabino Loew se llamaba Yossel. Los días hábiles realizaba todo tipo de trabajos menudos. Cortaba leña, barría la calle y la sinagoga, y hacía las veces de perro guardián por si los jesuitas intentaban cometer alguna fechoría. Sin embargo, al llegar el Shabat su amo le quitaba el *shem* y lo dejaba un día sin vida, porque todas

las criaturas de Dios han de descansar durante esa jornada.

Un Shabat el rabino olvidó cumplir con este deber, y Yossel enloqueció. Derribó casas, arrojó piedras, amenazó a la gente y arrancó árboles de raíz. La congregación ya había poblado la sinagoga Altneu para rezar las oraciones matutinas, y estaba cantando el salmo 92: «Mi cuerno enaltecerás como el cuerno del unicornio...». El rabino salió corriendo a la calle y arrebató el *shem* de la frente del monstruo. Otra versión sitúa la «muerte», entre viejos libros y mantos de plegaria, en el desván de la sinagoga.

—Dígame —pregunté—, ¿el gólem habría tenido rasgos judíos?

—¡No! —respondió Utz con una pizca de impaciencia.

El gólem era siempre un sirviente. En las casas judías los sirvientes son siempre *goim*, gentiles.

—¿El gólem habría tenido rasgos nórdicos?

—Sí —asintió—. Rasgos de «gigante».

Utz caviló un momento y luego llegó al punto culminante de la discusión:

Todas esas historias sugerían que el hacedor del gólem había adquirido secretos arcanos y, sin embargo, al obrar así, había trasgredido la Ley Santa.

Una figura de factura humana era una blasfemia. Un gólem, por su sola presencia, formulaba una advertencia contra la idolatría... y suplicaba activamente su propia destrucción.

—¿Usted diría entonces —inquirí—, que coleccionar obras de arte es una forma de idolatría?

—*Ja! Ja!* —Se golpeó el pecho—. ¡Por supuesto! Por eso nosotros los judíos... y en lo que a esto concierne me considero judío... ¡lo hacemos tan *bien!* ¡Porque está prohibido...! ¡Porque es pecaminoso...! ¡Porque es peligroso...!

—¿Sus porcelanas exigen su propia muerte?

Se acarició el mentón.

—Lo ignoro. Es una cuestión muy problemática.

Los otros visitantes se habían ido. Un gato negro se había montado sobre el remate de una lápida. El guardián nos informó de que era hora de partir.

—Y ahora, amigo mío —dijo Utz—, ¿le divertiría ver mi colección de enanos?

Un olor de hojas de col supurantes emanaba de un cubo de basura colocado en el portal. Cuando nos aproximamos, una rata salió disparada dando un brinco. En un apartamento del segundo rellano un bebé berreaba y alguien procuraba arrancarle una de las «Danzas eslavas» de Dvořák a un piano desafinado. En el tercer rellano una mujer abrió la puerta para mirar quién pasaba: un rostro histérico bajo una masa de rizos rojizos. Usaba un salto de cama de peonías purpúreas y cerró la puerta con un golpe vehemente.

—Está loca —se disculpó Utz—. Fue una soprano famosa.

En el último piso contuvo el aliento, hurgó en busca de su llave, y me invitó a entrar. El olor me resultó conocido: el tufo rancio de las habitaciones donde se guardan obras de arte y donde consideran peligroso quitar el polvo. La criada de Utz estaba montada sobre un taburete en una sórdida cocina americana de paredes verdes, que comunicaba con el pasillo.

Era una mujer robusta desmañadamente ataviada con un uniforme de empleada doméstica, de mejillas resplandecientes y cabello de color arenoso con mechones grises. Sobre el vestido de lana negra usaba un delantal blanco con volantes, y una franja de encaje le cruzaba la frente. Tenía las piernas enfundadas en medias negras, con un par de agujeros blancos en las rodillas.

Nos estaba esperando.

Sobre el regazo sostenía una fuente de porcelana blanca blasonada que, según recordaba de mis días de aficionado al arte, formaba parte del célebre Servicio del Cisne que Kaendler había creado para el primer ministro de Sajonia, el conde Brühl. Encima de la fuente había distribuido unas lonjas de queso y galletas, salame húngaro y rodajas de pepino encurtido cortadas en forma de flores:

Inclinó la cabeza con ademán deferente.

—*Guten Abend, Herr Baron.*

—*Guten Abend, Marta* —respondió, devolviéndole el saludo.

Entramos en la habitación contigua. Detrás de la cortina de red, una única ventana dirigida al norte dejaba ver el paisaje por encima de los árboles del cementerio.

—No sabía que fuera barón —comenté.

—Sí —contestó, sonrojándose—. También soy barón.

Me sorprendió que la habitación estuviera decorada con «estilo moderno»: casi desprovista de muebles aparte de un sofá cama, una mesa con tapa de vidrio y un par de sillas Barcelona tapizadas con cuero verde oscuro. Utz las había «rescatado» en Moravia, de una casa construida por Mies van der Rohe.

Se trataba de un cuarto angosto, estrechado aún más por la doble hilera de vitrinas de grandes lunas, que abarcaban desde el suelo hasta el cielo raso, y que se hallaban atestadas, en su totalidad, de porcelanas. Los estantes tenían espejos en la parte posterior, de modo que experimentabas la ilusión de entrar en una doble hilera de salones refulgentes, un «palacio de ensueño» multiplicado hasta el infinito, donde las formas humanas revoloteaban como sombras insustanciales.

La alfombra era gris. Había que pisar con cuidado para no tropezar con una de las esculturas de porcelana blanca —un pelícano, un pavo, un oso, un lince y un rinoceronte— modeladas por Kaendler o Eberlein para el Palacio Japonés de Dresde. Las cinco ostentaban las marcas de fisuras causadas por defectos de cocción.

Utz señaló unas botellas distribuidas sobre la mesa: scotch, slivovic y un sifón.

—Scotch, ¿verdad?

—Scotch —respondí.

Al oír el chasquido del sifón, la criada apareció con los canapés servidos sobre la

fuente del Servicio del Cisne. Sus movimientos parecían tan desprovistos de vida y tan mecánicos que cualquiera habría pensado que Utz había creado un gólem femenino. Y sin embargo, percibí la vislumbre de una sonrisa de superioridad.

—*Cheerio!* —exclamó Utz, imitando el acento de un caballero inglés.

—¡A su salud! —Alcé el vaso... e hice el inventario de lo que me rodeaba.

No soy experto en porcelanas de Meissen, aunque los años que pasé trajinando por los museos de arte me han enseñado lo que son. Tampoco puedo decir que me gusten. Sin embargo, sí admiro la tumultuosa energía de un artista como Kaendler, volcada sobre un medio totalmente nuevo. Y tomo partido resueltamente por Utz en su contienda con Winckelmann, quien en sus «Notas sobre el gusto plebeyo en porcelanas» pretendió suplantar esta vitalidad plebeya por la mano muerta de la perfección clásica.

Me fascina igualmente la forma en que la «enfermedad de la porcelana» —la *Porzellankrankheit* de Augusto el Fuerte— deformó su visión, y la de sus ministros, hasta el punto de que sus proyectos delirantes de cerámicas se confundieron con el auténtico poder político. Horace Walpole comentó cáusticamente, refiriéndose a Brühl, quien habría de convertirse en director de la manufactura Meissen: «[...] no había preparado más que chucherías para enfrentar a un príncipe (Federico el Grande) que vivía en su campamento con la frugalidad del soldado común...».

Utz había escogido cada pieza con el fin de reflejar los estados de ánimo y las facetas del «siglo de la porcelana»: el ingenio, el encanto, la galantería, el amor por lo exótico, la insensibilidad y la alegría frívola... antes de que todo ello fuera barrido por la revolución y el paso marcial de los ejércitos.

Sobre los estantes más largos estaban escalonados los platos, floreros, jarros y soperas. Había recipientes para guardar té, de porcelana roja pulida, manufacturados por el «inventor» de la porcelana, Johannes Böttger. Había pichetes de Böttger con monturas plateadas y doradas; teteras con escenas de «Watteau»; teteras con picos en forma de cabeza de águila y teteras decoradas con peces de colores, imitando modelos chinos y japoneses.

Utz se acercó desde atrás, resollando.

—Hermoso, ¿verdad?

—Hermoso —repetí.

Me mostró un excelente ejemplo de *indianische Blumen*, y un cuenco de color turquesa pintado por Horoldt, con un panel que mostraba a Augusto entronizado como emperador de China.

Me mostró imitaciones Meissen de las porcelanas azules y blancas de K'ang Hsi: las que su héroe Augusto había amado tan apasionadamente y por las que había vaciado su tesoro en manos de los intermediarios de París y Amsterdam, hasta hacerle rezongar a su ministro de Industria, Graf von Tschirnhaus: «China es la

palangana donde se desangra Sajonia».

El puesto de honor estaba reservado, empero, para una sopera del Servicio del Cisne: una fantasía rococó sobre patas de peces entrelazados, con asas en forma de nereidas, y con la tapa sobrecargada de flores, conchas, cisnes y un delfín de ojos saltones... pieza que, si no hubiera sido por el brío de su ejecución, se habría podido definir como una monstruosidad.

Lancé una exclamación ahogada. Sabía que la manera de congraciarse con un coleccionista de arte consistía en alabar sus piezas.

—Venga —dijo, y me señaló el camino a través del cuarto.

Di un rodeo al pelícano y al rinoceronte y llegué a la segunda serie de vitrinas donde se congregaban, en cinco y seis hileras, una multitud de estatuillas del siglo XVIII, todas ellas deslumbrantemente vestidas y coloreadas.

Vi a los personajes de la *Commedia dell'Arte*: Arlequín y Colombina, Brighella y Pantaleón, Scaramuccia y Truffaldino; el Doctor con una barba en forma de tirabuzón; el Capitán que, por ser español, lucía un bigote negro como el azabache.

Utz me recordó que los actores italianos —¡los auténticos!— habían sido maestros de la improvisación, y resolvían qué representar, y cómo representarlo, apenas cinco minutos antes de que se levantara el telón.

Señaló la Personificación de los Continentes: Africa con una piel de leopardo; América con plumas; Asia con un sombrero cónico... mientras una Europa lasciva, de voluminosas asentaderas, montaba a horcajadas sobre un caballo blanco.

A continuación se alineaban las damas de la Corte: damas con sonrisas congeladas y miriñaques ondulantes, que tenían las pelucas empolvadas, las mejillas salpicadas de lunares artificiales, y llevaban lazos negros ceñidos en torno del cuello. Una de ellas acariciaba un dogo faldero. Otra besaba a un noble polaco. Otra a un sajón mientras Arlequín espiaba bajo su falda. *Madame* de Pompadour, con un vestido de color lila sembrado de flores, entonaba el aria de *Acis y Galatea*, de Lully, que había cantado en la vida real, con el príncipe de Rohan como acompañante, en el Petit Théâtre de Versailles.

Las clases bajas estaban representadas en sus respectivas ocupaciones: el minero, el cordelero, el leñador, la costurera, la peluquera y un pescador irremisiblemente borracho.

Los pastores hacían gorjear sus flautas. Un turco aspiraba un narguile. Había tártaros, malabares, circasianos y sabios chinos con barbas ralas y pájaros cantores posados sobre sus dedos. Un grupo de masones escudriñaba un globo terráqueo. Un peregrino empuñaba su cayado y su pechina, y una *Mater Dolorosa* eternamente afligida estaba sentada junto a una monja desconsolada.

—¡Bravo! —exclamé—. ¡Increíble!

—¡Ahora observe estos personajes cómicos! —Utz acariciaba la mejilla de un bufón grotesco—. Éste es el bufón de la corte, Fröhlich. Éste es el jefe de posta Schmeidl.

Los dos payasos acostumbraban actuar en los banquetes de la corte, y hacían que la gente se desternillara de risa durante toda la noche. Utz los consideraba tan divertidos en porcelana como presuntamente lo habían sido en la vida real. Schmeidl, dijo, le tenía terror a los ratones.

Ésta era la razón por la cual había optado por retratar al bufón de la corte en el momento de provocar a su amigo con una ratonera.

—Kaendler —explicó, con una risita—, era un hombre ingenioso. ¡Satírico! Siempre buscaba de quién reírse.

Forcé una risa nerviosa.

—¡Ahora, señor, tenga la gentileza de mirar esto!

La pieza en cuestión mostraba a la soprano, Faustina Bordone, cantando en actitud de éxtasis mientras un zorro sentado tocaba la espineta. Faustina, manifestó, había sido la «Callas de su época», y esposa de Hasse, el compositor de la corte. También tenía un amante llamado Fuchs.

—Como usted sabrá —prosiguió—, Fuchs significa «zorro» en alemán.

—Lo sé.

—Es muy gracioso, ¿verdad?

—Muy gracioso —asentí, riendo.

—Muy bien. Coincidimos en esto.

Soltó un graznido inesperadamente fuerte y siguió convulsionado por la risa hasta que Marta volvió con sus canapés y, con otro «*Herr Baron!*», lo hizo callar.

Apenas ella nos dio la espalda, Utz volvió a sumergirse en su mundo de estatuillas. Sus facciones se iluminaron. Sonrió, exhibiendo sus encías de malsano color rosado, y me mostró sus monos músicos.

—Encantadores, ¿verdad?

—Encantadores —asentí.

Los monos lucían gorgueras y pelucas empolvadas y, bajo la batuta de un despótico director de orquesta vestido con frac azul, tocaban y rascaban el violín, soplaban las trompetas, rasgueaban la guitarra y cantaban: era una caricatura de la orquesta particular del conde Brühl.

—Yo —se jactó Utz—, soy el único coleccionista privado que tiene la serie completa.

—¡Lo felicito! —respondí, alentándolo.

Por fin, pasamos de los monos al resto del zoológico donde había aguzanieves, perdices, un avetoro, un par de gavilanes, cotorras, y periquitos, oropéndolas y canarios flautas, y pavos reales que despleaban las plumas de la cola.

Conté un camello, una gamuza, un elefante, un cocodrilo y un caballo de raza Lippizza guiado por un negro. El dogo faldero favorito del conde Brühl estaba enroscado sobre un cojín de terciopelo rosa, en tanto que, en el estante inferior, descansaba, como un gran pez albino, la cola de caballo de tamaño natural, de porcelana blanca, que había sido diseñada, o al menos eso dijo Utz, para la estatua

ecuestre de Augusto que debería haber sido erigida en el Judenhof de Dresde.

Luego extrajo una de sus siete figuras de Arlequín —*el* Arlequín que le había regalado su abuela cuando era niño y, poniéndola cabeza abajo, señaló los «sables cruzados» de la marca de Meissen, y una etiqueta de inventario con un número y letras en clave.

Ése era el rótulo que identificaba la pieza para el museo.

—Pero esa gente ha cometido un error —susurró Utz.

Una mañana de febrero de 1952, un golpe dado con los nudillos en la puerta pidió paso para tres visitantes indeseados. Se trataba de un curador del museo; de una fotógrafa y de un palurdo con la cara picada por el acné que, según conjeturó Utz, debía de ser miembro de la policía secreta.

Durante las dos semanas siguientes quedó reducido a la condición de testigo impotente mientras este trío ponía el apartamento patas arriba, pisoteaba la alfombra manchándola de lodo, e inventariaba todos los objetos. El curador le advirtió que no debía manipular las etiquetas. Si lo hacía, le decomisarían la colección.

Utz aborrecía especialmente a la fotógrafa: una joven adusta, fanática, aquejada de astigmatismo, que se había contagiado a sí misma una indignación frenética. A su juicio, él no tenía derecho a retener tesoros que pertenecían legítimamente al Pueblo.

—¿De veras? —contraatacó él—. ¿En virtud de qué legitimidad? ¿Las del robo, supongo?

El policía le dijo que controlara su lengua, o lo pasaría aún peor.

La fotógrafa convirtió la habitación en un estudio improvisado, ajetreándose sobre su anticuada cámara como si ésta fuera un objeto precioso. Cuando Utz rozó involuntariamente la lente, la mujer le ordenó que se encerrara en el dormitorio.

Quizá fuera una fotógrafa competente, pero era tan corta de vista, y tan torpe cuando cogía las porcelanas, que Utz debió permanecer sentado en el borde de la cama, esperando despavorido el ruido que harían al estrellarse contra el suelo. Suplicó que le permitieran colocar cada pieza frente a la cámara. Le contestaron que eso no era de su incumbencia. Finalmente, cuando la joven dejó caer, y decapitó, una figura del Gilles de Watteau, perdió los estribos.

—¡Llévesela! —espetó—. ¡Llévesela a su horrible museo! No quiero volver a verla.

La fotógrafa se encogió de hombros. El policía agitó los carrillos. El curador entró en el cuarto de baño, volvió con un largo trozo de papel higiénico, envolvió la cabeza y el torso por separado, y se los guardó en el bolsillo.

—Esta pieza —anunció—, no aparecerá en el inventario.

—¡Gracias! —exclamó Utz—. ¡Se lo agradezco!

Por fin, cuando se fueron, contempló desconsoladamente a su familia en miniatura. Se sentía ultrajado y agredido. Se sentía como un hombre que, al regresar

de un viaje, descubre que le han desvalijado la casa. Acarició algunas vagas ideas de suicidio. No había muchos incentivos para seguir viviendo, ¿verdad? ¡Pero no! Su personalidad no era de ésas. Nunca reuniría el coraje necesario. ¿Pero podría decidirse a abandonar la colección? ¿A huir? ¿A iniciar una nueva vida en el extranjero? Aún tenía dinero en Suiza, ¡gracias a Dios! Vaya a saber. Tal vez en París o Nueva York podría empezar a coleccionar nuevamente.

Resolvió que, si podía salir del país, se iría.

Durante los años de Gottwald, el sistema más fiable para conseguir una visa de salida consistía en presentar una solicitud de viaje al extranjero por razones de enfermedad. El procedimiento era el siguiente: visitabas a tu médico de cabecera y le pedías que te diagnosticara una dolencia.

—¿Sufre de depresión? —le preguntó el doctor Petrasels.

—Constantemente —respondió Utz—. Siempre he sufrido.

—Sin duda se trata de una afección hepática —dijo el médico, sin esforzarse por examinarlo más a fondo—. Le aconsejo que tome una cura de aguas en Vichy.

—¿Pero seguramente...? —protestó Utz. Checoslovaquia era la meca de las aguas termales. Seguramente desconfiarían. Seguramente había aguas para el hígado en Marienbad. O en Carlsbad.

—Lejos de eso —le aseguró el médico. Las autoridades encargadas de conceder las visas sabían todo lo que había que saber acerca de las aguas de Vichy. Vichy era el lugar ideal para él.

—Si usted lo dice —respondió Utz con recelo.

El funcionario del departamento de visados echó un vistazo al diagnóstico médico, murmuró la palabra «Vichy» con tono indiferente, y fue a consultar un fichero. Una semana más tarde, cuando volvió a la misma oficina, Utz se enteró de que le habían otorgado un mes de estancia en el extranjero. Asumió el compromiso de no difundir propaganda maliciosa contra la República Popular. La colección de porcelanas serviría de fianza para garantizar su buen comportamiento y su regreso en buenas condiciones.

El funcionario insinuó que siempre había «medios y recursos» para verificar a qué lugar de Europa occidental iba, y si había estado realmente en Vichy. A Utz le sorprendió que nadie se molestara en preguntar con qué medios de subsistencia contaría en un país extranjero. Se preguntó si ésa no sería una trampa.

«¿Qué pretenden de mí?», pensó para sus adentros. «¿Que me alimente del aire?».

En la víspera de su partida, con los billetes y el pasaporte en orden, se despidió de su colección pieza por pieza. Marta guisaba en la cocina americana. Él le había encargado una cena para dos.

Ella había desplegado un mantel de damasco nuevo sobre la mesa con tapa de vidrio y, mientras Utz pasaba revista a los platos resplandecientes del Servicio del Cisne, el salero, los cubiertos con empuñaduras de estilo chinesco, le faltó poco para creer en la materialización de su fantasía: que ése *era* realmente el «palacio de porcelana» y que él mismo era la reencarnación de Augusto.

Marta, a quien él le había enseñado a preparar un *soufflé*, le preguntó a qué hora llegaría el invitado. Utz se puso en pie. Enderezó su corbata. Luego, sin un ápice de condescendencia, se llevó a los labios la mano callosa de Marta.

—Esta noche, estimada Marta, tú serás mi invitada.

Ella se ruborizó hasta el cuello. Protestó. Dijo que era indigna de ese honor, y finalmente aceptó encantada.

Marta era hija de un carpintero de aldea que había vivido cerca de Kostelec, en Bohemia meridional. La muerte prematura de su esposa, víctima de la tuberculosis, lo empujó a beber, y estuvo a punto de matar a un hombre en una reyerta de taberna. Marginado, acusado de practicar el mal de ojo, envió a sus dos hijas mayores a vivir con una tía, y se llevó a la menor para que lo acompañara en sus viajes. Encontró trabajo como leñador en la hacienda de Utz, en Čéske Krížove. Cuando él también murió, aplastado por un árbol, el alguacil desahució a la niña de la cabaña.

Marta ganaba unos peniques realizando faenas para el panadero o la lavandera. Más tarde, para evitar que la enviaran a un asilo, fue a vivir a una granja, donde dormía sobre un jergón de paja y cuidaba una bandada de ocas.

Entonaba canciones extrañas, incoherentes, y la gente pensaba que era retrasada mental. Sobre todo después de que se enamoró de un ganso. Los niños de la Europa rural creían las historias que les contaban: sobre hombres lobo, sobre estrellas que eran patos en vuelo, o sobre los gansos que se trocaban en príncipes deslumbrantes.

El ganso de Marta era un magnífico ejemplar blanco como la nieve, objeto de terror para zorros, niños y perros. Lo había criado desde que era un gansarón, y cada vez que Marta se aproximaba, el ave soltaba un graznido satisfecho y le frotaba los muslos con el cuello. Algunas mañanas, al despuntar la aurora, cuando no había nadie a la vista, ella nadaba en el lago con su amante, y permitía que él le picoteara la larga cabellera rubia.

Una mañana, ya bien entrados los años treinta, mientras Utz conducía su cupé Steyr desde el castillo para coger el primer tren a Praga, vio a una joven que tenía las ropas empapadas y que era perseguida calle abajo por una turba de aldeanos. Frenó el coche y la invitó a sentarse junto a él.

—Ven conmigo —le dijo afablemente.

Ella se acoquinó, pero obedeció. Él la llevó de vuelta al castillo.

Comenzó una nueva vida para Marta, en el servicio doméstico. Seguía todos los movimientos de su amo con mirada de adoración: él debía impedir con frecuencia

que le besara la mano. Cuatro años más tarde, cuando le encomendó la administración de la casa, sus otros servidores, intrigados por los hábitos de ese solterón solitario, difundieron rumores de que ella compartía su lecho.

La verdad es que, en un mundo de lealtades fluctuantes, y desde la muerte del fiel mayordomo de su abuela, ella era la única persona en la cual podía confiar y de la cual, al mismo tiempo, podía valerse. Sólo ella conocía el henil donde se ocultaban el erudito en temas hebreos, doctor Kraus, y sus Talmud, y aceptaba arriesgar su vida llevándole alimentos. Sólo ella tenía la llave del sótano donde las porcelanas estuvieron almacenadas durante toda la guerra.

Más adelante, durante los meses que siguieron a la toma del poder por los comunistas, cuando los campesinos, aún confundidos por la propaganda, creían que la nueva ideología los autorizaba a repartirse la propiedad del terrateniente, fue Marta quien montó guardia contra ellos. Utz pudo abandonar libremente el castillo con sus tesoros.

En Praga, ella dormía en una buhardilla llena de goteras, a pocas puertas de distancia de la casa de la calle Široká. Cuando la interrogaban acerca de las condiciones en que estaba empleada, se encabritaba. No era la empleada del señor Utz. Cuidaba de él sólo como amiga.

Al invitarla a compartir su mesa, él confirmaba que la amistad era recíproca.

Mientras cenaba, él le explicó los motivos de su viaje. Ella dejó caer el tenedor y el cuchillo y exclamó con voz ahogada:

—Espero que no esté enfermo.

Utz apaciguó sus temores pero no dejó entrever que quizá nunca volvería. En el ínterin, ella debería dormir en el apartamento —en el lecho de él, si así lo deseaba— con la puerta herméticamente cerrada. Su amigo, el doctor Orlík, echaría un vistazo de cuando en cuando, por si necesitaba algo.

El vino se le subió a la cabeza. Estaba un poco congestionada. Hablaba demasiado. Para ella, fue una velada impecablemente feliz.

A la hora del desayuno, Marta volvió para preparar café. Lo ayudó a transportar su maleta al taxi. Después subió al apartamento y se quedó escuchando el tamborileo de la lluvia.

Los guardias de aduana lo esperaban en la frontera.

Lo registraron, le quitaron la calderilla que llevaba en los bolsillos y, como buenos expertos en el arte de irritar al prójimo, le decomisaron la vianda que le había preparado Marta. Luego, al no hallar en su equipaje nada que se pudiera clasificar como obra de arte, le confiscaron su ejemplar de *La montaña mágica* y un par de cepillos de carey para el pelo.

—Supongo —masculló mientras las gorras verdes se alejaban por el corredor—, que también los necesitan para el museo.

Pasado Nuremberg, se despejaron las nubes y salió el sol. Ahora no tenía nada para leer, así que contempló por la ventanilla los cables de telégrafo, los tejados de madera embreada de las casas rurales, los huertos, las vacas dispersas por los campos de ranúnculos, y los grupos de niños rubios que se colgaban de las barreras de los pasos a nivel y blandían sus cartapacios.

Las torres de señales, observó, estaban acribilladas por orificios de bala. En el asiento de enfrente viajaba un matrimonio joven.

La chica hojeaba un álbum de fotos tomadas durante la boda. Estaba embarazada. Usaba un vestido gris con ribetes de encaje. No se había depilado las piernas, ligeramente azuladas, y el cabello teñido dejaba entrever las raíces oscuras.

A Utz le complació ver que el chico estaba asqueado. Se le notaba muy incómodo con su chaqueta de cuero norteamericana, y se estremecía cada vez que ella lo tocaba. Era un muchacho de tez cetrina, esmirriado, de labios carnosos y con un matorral de rizos negros. Tenía las uñas manchadas por la nicotina y fumaba un cigarrillo tras otro, desesperadamente. ¿Sería árabe, o algo parecido? ¿O gitano? ¿O italiano? Italiano, decidió Utz, después de oírlo hablar. Ella debía de tener dinero, y él se había estado muriendo de hambre. ¡Pero qué precio había tenido que pagar!

Ella empezó a vaciar su cesto de víveres y Utz se lo pensó mejor. Estaba famélico. ¿Acaso la habría juzgado mal? ¿Le ofrecería quizá compartir su vianda?

Preparó una sonrisa de gratitud para cuando llegara el momento. Luego, como un perro sentado al pie de la mesa del amo, miró cómo ella engullía un par de huevos duros, una chuleta de ternera, un bocadillo de jamón, medio pollo frío y unas rodajas de salchicha con ajo. Lo regó todo con una botella de cerveza, chasqueó los labios, y siguió deslizándose, distraídamente, entre éstos, rebanadas de pan de centeno con semillas de alcaravea.

El chico apenas tocó la comida.

Utz ya no podía seguir soportando la tensión. Había tomado una decisión. Pediría. Imploraría. Abrió la boca para decir «Por favor...» y en ese preciso momento el joven arrancó una pata de pollo y se disponía a tendérsela a Utz cuando la chica gritó «¡No! ¡No! ¡No!», le dio una palmada en la mano, y siguió pelando una naranja.

El perfume de la corteza de naranja impregnó el compartimiento. ¡Ah! ¡Qué no daría por una naranja! ¡Incluso por unos gajos de naranja! Las naranjas que se conseguían en Praga, robadas o rescatadas de entre la basura de una u otra embajada, casi siempre estaban resacas y eran insípidas. Pero esta naranja dejaba chorrear su zumo sobre los dedos del monstruo.

Utz apoyó la cabeza contra el respaldo de similcuero, cerró los ojos y recordó el aforismo de Augusto: «El ansia de porcelana se parece al ansia de naranjas».

La chica pidió una servilleta y se enjugó los dedos. Una segunda naranja siguió el camino de la primera. Luego una lonja de queso, una tajada de *Linzetorte*, otra de *Nusstorte*, un *plumcake*. A continuación se sirvió café vertido de un termo.

Eructó. Acosó a su marido en busca de un testimonio de afecto. Él le susurró en el

oído. Nuevamente, Utz forzó una sonrisa seductora. Pero en lugar de ofrecerle el último bocadillo de jamón, ella lo miró con expresión ahíta y, poniéndose en pie, lo arrojó por la ventanilla.

Utz observó cómo este pequeño drama llegaba a su inevitable desenlace y murmuró en alemán, con suficiente volumen de voz para que ella lo oyera:

—Nunca podría haber ocurrido en Checoslovaquia.

A la mañana siguiente, en Ginebra, el representante del banco lo aguardaba en el andén: un encuentro organizado por el embajador de Suiza en Praga quien, en aquellos días, era el «amigo de todos».

Utz siguió el ridículo sombrero tirolés del hombre hasta el lavabo, donde recibió un grueso sobre de papel Manila que contenía un fajo de francos suizos y copias facsimilares de sus certificados de acciones.

Disponía de dos horas libres hasta que partiera el tren para Lyon... y Vichy. No se le ocurrió a dónde ir. Facturó la maleta en la consigna y fue a desayunar en una cafetería situada frente a la estación. Pero el café era flojo, los *croissants* estaban rancios y la mermelada de guinda sabía a conservante químico.

Paseó la vista sobre las otras mesas. El salón estaba atestado de hombres de negocios que iban rumbo al trabajo y que tenían los rostros sepultados en las columnas financieras de los periódicos.

«No», se dijo. «No disfruto de esto».

En Vichy, el hotel había sido redecorado, como para borrar el estigma de haber alojado el gobierno de Laval en sus aposentos. Los muebles de la habitación de Utz eran reproducciones del estilo Luis XVI, y estaban pintados de gris. La alfombra era azul, y las paredes también, en un tono más pálido, con ribete blanco: el decorado de un cuarto infantil, del comienzo de la vida. Sobre una cómoda descansaba un busto de María Antonieta, de yeso desconchado, y había grabados modernos de otras damas del siglo XVIII con cabeza de chorlito.

«No, no», repitió Utz. «Ciertamente no estoy disfrutando de esto. Los franceses han perdido el buen gusto».

Tampoco disfrutó de sus encuentros con el doctor Forestier, un hombre de piel traslúcida y boca llena de indiscreciones petulantes, que tenía su consulta en una casa de estilo gótico rodeada de paulonias. Ni de los inmensos edificios estucados de color crema —*style pâtissier 1900*— alineados a lo largo del Boulevard des États-Unis, donde la Gestapo había tenido su cuartel general. Ni de los baños de lodo, las fricciones, los tratamientos faciales, las duchas de presión. Tampoco estas célebres aguas beneficiaban la salud, a juzgar por las facciones crispadas y dispépticas de otras víctimas.

No encontraba ningún placer en la compañía de los individuos menudos, envejecidos —«excolonos» cuya digestión había sido descalabrada en Africa o Indochina— que se aferraban a sus *gobelets de cure* forrados con rafia y que deambulaban con paso lento y prudente, a salvo de la lluvia, por el sendero cubierto que discurre junto a la Rue du Parc.

No apreciaba el brillo gerontófilo del masajista —«un joven muy perturbado»— y esperaba que tal vez lo encontrara demasiado joven. Tampoco le atraían las damas del Gran Établissement Thermal: matronas severas de bata blanca y guantes que le revelaron el uso de *les Instruments de torture* —mecanismos terapéuticos que Kafka sí habría apreciado— de manera tal que se encontró sujeto mediante correas a una silla de montar donde le machacaron los intestinos —amable pero implacablemente — con un par de guantes de boxeo, de cuero.

Le crispaba oír voces que hablaban en inglés. Apartaba la vista de los *mutilés de guerre*: hombres a quienes les faltaba un brazo o ambas piernas, pero que jugaban al póker, igualmente, en sillas pintadas de blanco con asientos perforados como espumaderas. Una noche, después de cenar, debió huir de una dama vestida de terciopelo color turmalina, que le hablaba, en alemán, del Aga Khan.

Se volvió anormalmente sensible a las miradas de la gente, y sobre todo de los hombres solitarios que, imaginaba Utz, lo estaban siguiendo.

¿Quién era, por ejemplo, el joven del traje demasiado holgado? ¿Acaso no lo había visto en Praga? ¿Merodeando por el vestíbulo del hotel Alkron? No. No lo había visto. El joven era viajante de una empresa de equipos sanitarios.

Utz husmeó en las tiendas de antigüedades y no encontró nada de interés: unos pocos budas de esteatita y relojes de dudoso estilo imperio. Una mujer intentó venderle amuletos egipcios y un mazo de naipes de Tarot. En una tienda que vendía encajes, sopesó la posibilidad de comprar un delantal para llevárselo a Marta.

—Pero si no volveré a casa —reflexionó melancólicamente—. Y de todos modos me lo robarían en la aduana.

Fue a las carreras, y se aburrió. Se aburrió en un concierto donde interpretaron la *Suite de Finlandia*. Se aburrió tremendamente con el espectáculo del Gran Théâtre du Casino, que comenzaba con «*Les Plus Belles Girls de Paris*» —¡todas inglesas!— y continuaba con «*Les Hommes en Crystal*»... ¡que eran un hatajo de maricas untados con pintura plateada!

En el entreacto, recapacitó sobre la naturaleza absurda de su posición. ¡Ahí estaba él, otro refugiado de edad intermedia, de Europa central, a la deriva en un mundo hostil! Y peor aún: el más inútil de los refugiados, ¡un esteta!

Después del entreacto, había cambiado de humor.

El telón se levantó sobre Lucienne Boyer, «*La Dame en Bleu*»: una mujer compacta y curvilínea, próxima a la cincuentena y, sin embargo, aparentemente intemporal y ataviada con un vestido de raso azul oscuro, con una rosa azul en el punto culminante de su escote. Interpretó una canción tras otra ante el micrófono. Las

pupilas de Utz se dilataron mientras contemplaba, a través de los gemelos de teatro, su garganta trémula. Y cuando cantó «*Parlez-moi d'amour*», Utz se puso en pie y gritó: «¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bis!»... y ella concedió el bis, en verdad cuatro de ellos. Y más tarde, después de haberla visto salir del teatro en compañía de un hombre más joven que ella, se encaminó de regreso al Pavillon Sévigné, caminando por calles adoquinadas que las hojas volvían resbalosas después de la granizada, con la calva reluciente bajo la luz de las farolas, bamboleándose ligeramente y tarareando el último estribillo: «*Je vous aime... Je vous aime...*».

Utz alimentaba la idea, surgida de las novelas rusas o del romance de sus padres en Marienbad, de que los balnearios eran lugares donde invariablemente sucedía lo imprevisto.

Dos seres solitarios, transportados allí por la enfermedad o la desdicha, se cruzarían en su caminata vespertina. Sus miradas se encontrarían sobre un macizo de caléndulas municipales. Magnetizados por la atracción natural de los opuestos, se sentarían en el mismo banco de hierro forjado e intercambiarían las primeras frases formales. («¿Viene a menudo a Vichy?». «No. Es mi primera visita». «¡Y la mía!»). Una velada extática concluiría en el aposento de uno de los dos. El amorío terminaría con una triste despedida («No, amor mío, te lo ruego. No vengas a la estación»). O, cuando la separación pareciera inevitable, tomarían la decisión drástica que los uniría por el resto de sus vidas.

Utz había viajado a Vichy con la idea romántica de que si había que tomar la decisión, la tomaría.

Alimentaba la esperanza... la certidumbre de que entre esa multitud de seres solitarios encontraría una mujer tierna, de edad intermedia, preferentemente vulnerable, que lo amaría, no por su aspecto... ¡Eso, ay, no era posible...! Siempre había sido feo, pero tenía otras cualidades.

En el pasado había habido circunstancias en que una mujer le había echado el ojo. En cada ocasión, cuando la intimidad parecía posible, ella había pronunciado las palabras fatales: «¡Oh, debería ver sus tesoros!»... y una corriente de aire frío había matado su afecto.

No. Cualquier cosa era mejor que ser amado por lo que uno poseía.

Pero ¿dónde estaba esa mujer esquiva que caería en sus brazos? «Caer»... ¡ésta era la palabra clave! Caer, sin necesidad de que él la persiguiera. Estaba cansado de correr tras objetos preciosos.

¿Sería acaso la norteamericana de cabellos de color acerado, viuda o divorciada, según decidió Utz, que evidentemente estaba en Vichy para someterse a un tratamiento de belleza? Inteligente, por supuesto, pero no comprensiva. El tono agrio con que pedía sus *manhattans* al barman le inspiraba desconfianza.

¿O la criatura de dulce voz, sin duda parisina, de cabellera dorada y boca

delicuescente? La vio por primera vez entre la multitud que concurría por las mañanas a la Source des Célestins, desplazándose entre los enrejados blancos con un vestido de encaje blanco y una capelina compuesta por sucesivas capas de gasa almidonada. Había sido deliciosa y no tardaría en ser regordeta. No. Ella no. Pasaba horas conversando ociosamente en la cabina telefónica, de donde salía con mirada ausente, riendo.

¿O la argentina? *Grande mangeuse de viande*, o al menos eso decía el camarero. Utz se había colocado detrás de ella en la mesa de *baccarat* del Casino, hipnotizado por sus garras escarlatas, por los ademanes despreocupados con que movía las fichas sobre el tapete verde, por la vena de su cuello que se hinchaba sobre el collar de perlas. ¡Ella tampoco! Se le unió su marido.

Y entonces la vio, una tarde, en el vestíbulo: una mujer alta, de piernas blancas, vestida con ropas de tenis, con el cabello oscuro trenzado, que deslizaba una funda sobre su raqueta y agradecía las lecciones, con tono enérgico y cortante, al profesor demasiado deferente.

Utz la oyó conversar en francés, aunque creyó detectar —¿o acaso lo estaba imaginando?— una resonancia eslava en su acento. No tenía porte atlético: sus movimientos dejaban entrever una apatía oriental. Podría ser turca, esta *femme en forme de violon*, con sus mejillas de flor de manzano, sus hoyuelos, sus labios trémulos y sus ojos verdes rasgados. No era bella, si se la juzgaba con pautas modernas: el tipo de mujer que antaño criaban para el harén.

«Pero tiene que ser rusa», reflexionó. «Rusa, ciertamente. ¿Con un toque tártaro?».

Ya no era joven, y parecía muy triste.

Utz pasó el resto de la tarde en un estado de excitación febril, esperando que volviera a salir del ascensor, y urdiendo una historia con la cual abordarla. Imaginó la espiral descendente de su vida de emigrada: el apartamento alquilado en Monaco; después, una vez agotadas las joyas, el humilde aposento en París, donde su padre conducía un taxi y jugaba al ajedrez en sus horas libres. Para pagar los gastos médicos del padre, ella se había sacrificado y se había casado con un hombre que le daba algunos lujos, aunque también mantenía a una querida más joven. Él se había ido con su amante a la Riviera, y había enviado a su esposa, que no tenía hijos, a Vichy.

Bajó antes de la hora de cenar, siempre sola, luciendo un vestido gris de topos y zapatos blancos abiertos por delante. Y cuando Utz vio su perrito, un terrier galés blanco, que correteaba tras ella, evocó a la dama del cuento de Chéjov y experimentó la certidumbre de que el encuentro debería producirse.

La siguió a cierta distancia hasta el parque que bordeaba el Allier, y se instaló en un banco por donde era casi seguro que ella pasaría. Inhaló el aroma de las lilas y filadelfas.

«¡Viens, Maxi! ¡Viens! ¡Viens!», la oyó exclamar en dirección al perro, y cuando

llegó a una bifurcación de senderos, optó por el que la llevaría hacia él.

—*Bonsoir, madame!* —Utz sonrió, y se dispuso a llamar al perro por su nombre: «¡Maxi!». La mujer se sobresaltó y apresuró el paso.

Él siguió sentado, y escuchó desconsolado el crujido de sus pisadas sobre la gravilla. A la hora de cenar, pasó junto a la mesa de Utz y miró en otra dirección.

Volvió a verla por la mañana, en el asiento delantero de un coche deportivo plateado, con los brazos en torno del hombre sentado al volante.

Le preguntó al conserje quién era, y éste le informó que era belga.

Volvió su atención a la comida.

En el primer día de estancia en Vichy había comprado, en una librería de la rue Clemenceau, una «guía gastronómica» de la región. Siempre se había preocupado por su estómago, y había trabado amistad con los chefs.

¡Cuántas veces, en los años de la guerra, y sobre todo en los momentos de terror, había rememorado los placeres de la mesa! El día en que la Gestapo lo detuvo para interrogarlo, no pudo concentrarse en las abstracciones de la muerte o la deportación: sólo en el recuerdo de un determinado plato de judías verdes, ingerido en un restaurante a la vera de un camino blanco de Provenza.

Más tarde, durante el peor período de escasez invernal, en los meses de coles, coles, coles y patatas, se consoló pensando que cuando volviera la cordura y se abriesen las fronteras, comería nuevamente en Francia.

Estudió la guía con la puntillosa aplicación que generalmente reservaba para la búsqueda de porcelanas: dónde encontrar las mejores *quenelles aux écrevisses*, el mejor *cervelas truffé*, o un *poulet à la vessie*. O los postres: *bourriouls*, *bougnettes*, *flaugnardes*, *fouasses*. (¡Se podía oír la gasificación en esos nombres!). O el raro vino blanco de Château Grillet, del que se decía que sabía a flores de viña y almendras, y que se comportaba como una joven caprichosa.

Para poner a prueba sus flamantes conocimientos reservó una mesa en un restaurante contiguo al Allier.

El día era caluroso y soleado: suficientemente caluroso para comer afuera, en la terraza, bajo un toldo de lona verde y blanca a rayas que se agitaba perezosamente a merced de la brisa. Había tres vasos de vino para cada comensal. Observó los reflejos de los álamos que se curvaban del otro lado del río, y los pájaros llamados aviones zapadores que volaban a ras de su superficie. Los pescadores y sus familias habían desplegado los componentes de sus picnics sobre la hierba, en la ribera de enfrente.

Los camareros se ajetreaban alrededor de un «príncipe de la gastronomía» que realizaba su visita anual. Había entrado después que Utz, con las facciones congestionadas y rojas, y paseando la panza muy por delante del cuerpo. Insertó la

servilleta debajo del cuello de la camisa, y se preparó para abrirse paso laboriosamente a través de un almuerzo de ocho platos.

Cuando por fin llegó la carta, Utz le sonrió agradecido al *maître d'hôtel*.

Paseó la mirada sobre la lista de especialidades. Eligió. Cambió de idea. Volvió a elegir: sopa de alcachofas, trucha «Mont Doré» y un cochinito à la *lyonnaise*.

—*Et comme vin, monsieur?*

—¿Qué sugeriría usted?

El camarero de vinos, que tomó a Utz por un paleta, señaló dos de las botellas más caras de la lista: un Montrachet y un Clos Margeot.

—¿No tienen Château Grillet?

—*Non, monsieur.*

—Muy bien —asintió Utz obedientemente—. Lo que usted recomiende.

La comida no estuvo a la altura de sus expectativas. No porque él pudiera objetar su calidad o presentación: pero la sopa, aunque exquisita, parecía insípida; la trucha estaba ahogada en salsa de queso gruyere, y el cochinito estaba relleno con alguna otra cosa.

Volvió a mirar, con envidia, a las familias que celebraban sus picnics en la ribera de enfrente. Una joven madre corrió a salvar a su hijito, que había gateado hasta la orilla del agua. Le habría gustado estar con ellos: ¡compartir sus pasteles caseros, más bastos, que seguramente sabían a algo! ¿O acaso él había perdido su propio sentido del gusto?

La cuenta fue más abultada de lo que él había esperado. Se retiró de mal humor. Se sentía ahíto y un poco mareado.

Había llegado a una conclusión deprimente: que el lujo sólo es lujoso en condiciones adversas.

Por la tarde se agolparon las nubes y empezó a llover. Se tumbó en su habitación y leyó unas páginas de una novela de Gide. Su francés era insuficiente: perdió el hilo de la narración.

Dejó el libro a un lado y miró distraídamente la araña de luces.

¿Por qué, se preguntó, cuando él había sabido abroquelarse contra los horrores de la guerra y la revolución, el mundo libre debía aparecérselo como un abismo tan pavoroso? ¿Por qué cada vez que se hundía en el colchón, tenía la sensación de caer, como la cabina de un ascensor, a través de los pisos del hotel? En Praga dormía profundamente. ¿Por qué allí el sueño lo eludía?

Pasaba las horas despierto y se inquietaba por sus finanzas. En Checoslovaquia no tenía finanzas dignas de ese nombre, o finanzas de las que pudiera echar mano. Ahora, a las dos y tres de la madrugada, desplegaba los certificados de sus acciones sobre la colcha y revisaba las cifras de sus valores en cartera, buscando un defecto, un error; procurando explicarse por qué, en un mercado de valores floreciente, su fortuna

depositada en Suiza se había reducido. ¿Por qué, con sumas inmensas invertidas, las sumas trasladadas al papel eran tan pequeñas? Alguien, en alguna parte, lo estaba timando. ¿Se aprovechaba mientras él miraba en otra dirección! ¿Pero quién? ¿Y cómo?

En la misma librería había comprado un atlas de bolsillo, y mientras lo hojeaba, trataba de imaginar el país donde le gustaría vivir. O, más exactamente, el país que lo haría menos desdichado.

¿Suiza? ¿Italia? ¿Francia? Tres posibilidades. Ninguna de ellas tentadora. ¿Alemania? Nunca. La ruptura había sido definitiva. ¿Inglaterra? No después del bombardeo de Dresde. ¿Estados Unidos? Imposible. El estrépito le deprimiría tremendamente. Praga era, al fin y al cabo, una ciudad donde uno oía caer los copos de nieve. ¿Australia? Nunca lo habían atraído las colonias. ¿Argentina? Era demasiado viejo para bailar el tango.

Cuanto más sopesaba las alternativas, más clara le parecía la solución. En Checoslovaquia no sería feliz, desde luego. Lo hostigarían, lo amenazarían, lo insultarían. Debería humillarse. Debería aprobar hasta la última palabra que dijeran. Recitaría sus fórmulas absurdas, gramaticalmente incorrectas. Aprendería a «vivir dentro de la mentira».

Pero Praga era una ciudad que casaba con su temperamento melancólico. ¡A lo único que podía aspirar en esos días era a un estado de sosegada melancolía! Y por primera vez, a regañadientes, se sintió capaz de admirar a sus compatriotas checos: no porque hubieran resuelto votar la instauración de un gobierno marxista... Cualquier tonto sabía ya que el marxismo era una filosofía agotada. Admiraba la naturaleza abstemia de su elección.

Siguió contemplando la estúpida araña de luces, mientras hacía girar en su mente el problema más inquietante.

Echaba desesperadamente de menos el terruño y, sin embargo, no había dedicado ni un recuerdo a las porcelanas. Sólo atinaba a pensar en Marta, sola en el apartamento.

Le remordía la conciencia porque la había abandonado: a la pobrecilla que lo adoraba; que daría su vida por él, con su corazón apasionado que palpitaba por él, y sólo por él, oculto tras una máscara de circunspección, de consagración al deber y de obediencia.

Había pensado llevarla consigo a Occidente. Pero no hablaba ninguna lengua que no fuera el checo, y unas pocas palabras de alemán. No. Sería... tanteó en busca del clisé adecuado... sería un pez fuera del agua.

Recordó los tiempos en que, resollante después de haber subido la escalera, con los copos de nieve titilando sobre su sombrero de piel de zorro, volvía de efectuar una transacción afortunada en el mercado negro. Su capacidad de regateo era prodigiosa,

incluso con un solo billete de un dólar. Hacía cola durante horas para comprar vituallas: nada importaba si el objeto de su búsqueda podía complacerlo a él.

Algunos días, llenaba su bolsa de la compra con patatas cubiertas de fango. Nadie sabía mejor que ella que el tipo de policía propenso a hurgar entre sus mercancías era también el más renuente a ensuciarse las manos. Y después, cuando había volcado las patatas en el fregadero, extraía del fondo de la bolsa un faisán o una liebre que alguien había traído del campo.

Sus contactos con el mundo rural funcionaban como un sistema aborígen de mensajes transmitidos mediante señales visuales o sonoras a grandes distancias.

—¿Dónde has conseguido esos huevos? —preguntaba él, al verla servir un *soufflé* dorado.

—Los trajo una mujer —respondía vagamente.

Ella entendía, instintivamente, los motivos por los cuales Utz ponía énfasis en los detalles: la salsa en la salsera; el almidonado de los cuellos de la camisa; las tazas de café de Sèvres los domingos —¡para un café compuesto de cebada tostada y achicoria!— los mínimos testimonios de refinamiento para demostrar que él no había capitulado.

Valoraba sus atenciones como símbolos de su amor. No se atrevía a darle las gracias, y ella tampoco habría querido que lo hiciera.

Los momentos más felices que pasaban juntos eran los de la temporada de las setas, hacia finales de agosto, después de las primeras lluvias torrenciales de verano. Cogían el primer tren de la mañana que llevaba a Tábor; el autobús que llevaba a Čéske Krížove; y desde allí, tomando la precaución de eludir la casona, se internaban en el bosque con la cesta del picnic.

Las setas, decía él, eran la única razón para volver a visitar el escenario de su infancia.

Marta y él se comportaban como niños entregados a sus juegos, ajenos a las barreras de casta o de clase, cuando se gritaban recíprocamente entre los troncos de los pinos: «¡Mira lo que he hallado...! ¡Mira lo que he hallado...!»: un boletus de caperuza bermeja, una agaricácea comestible, o un ramillete de niscalos que asomaban sus sombrerillos anaranjados por encima de una alfombra de musgo.

Nadie, excepto ellos dos y unos pocos leñadores, conocían el calvero donde, en su condición de amo de la hacienda, él mismo se había aserrado una mesa y un banco rústicos con la madera de un haya partida por un rayo.

Diseminaban sus hallazgos sobre la mesa, con las membranas hacia arriba; descartaban las setas esponjosas o infestadas de larvas; y quitaban los grumos más voluminosos de tierra aunque dejaban alguna aguja de pino aislada o una hebra de helecho.

—No las limpie demasiado —lo regañaba ella—. Un poco de tierra les da mejor

sabor.

Luego Marta las freía en mantequilla sobre un infiernillo de alcohol, y las revolvió con crema.

Un día, camino de regreso a Praga, se detuvieron en la plaza mayor de Tábor, donde los aficionados locales a las setas habían montado tenderetes equipados con toldos de arpillera para evitar que el sol marchitase sus tesoros.

Los saludó un murmullo de voces jubilosas. Una campesina, con el rostro curtido por la intemperie parcialmente oculto bajo un pañuelo blanco de cabeza, se puso en pie y exclamó:

—¡Mirad! ¡Es el amo que ha vuelto!

Vio a su viejo médico, un apasionado por las setas, que regateaba vehementemente con un micólogo profesional de la universidad sobre un ejemplar muy raro. ¡Y allí estaba Marianna Palach...!, la lavandera, agostada y reducida a un pellejo, pero que igualmente salía a recoger setas y había montado su tenderete.

En el mercado todos reían, cambalacheaban, daban, tomaban y demostraban irrefutablemente que, dijeran lo que dijeren los fanáticos, la actividad comercial era uno de los placeres más naturales y deliciosos de la vida, tan imposible de abolir como el acto de enamorarse...

—¿Qué estoy haciendo aquí?

Utz se arrancó de su ensoñación.

Consultó el reloj de pulsera. Llegaría tarde a la cena. Se anudó la corbata frente al espejo del cuarto de baño. Se recortó el bigote. (Aún no puedo resolver con certeza si imagino un bigote). Examinó su pequeña boca terca y exclamó:

—¡No!

No se sumaría a la corriente de exiliados. No se sentaría a rezongar en cuartos arrendados. Sabía que la retórica anticomunista era tan letal como su contrapartida comunista. No renunciaría a su país. ¡No por ellos!

Regresaría. Pero sabía que, una vez que estuviera de vuelta, las porcelanas ejercerían nuevamente el poder de la petulancia. Las damas de la corte de Dresde dirigirían sus sonrisas vitrificadas hacia Marta y la relegarían a la pequeña cocina... donde ella permanecería pacientemente sentada, con su pobre uniforme de criada y sus medias negras con agujeros en las rodillas.

Bajó a cenar al restaurante. En una mesa próxima, un par de matrimonios estaba enzarzado en una feroz discusión sobre los méritos o deméritos de un *Alaska*, una *île flotante* o una *Omelette norvégienne*. Las mujeres tenían voces destempladas. Los hombres eran gordos y usaban anillos.

Su menú parecía consistir exclusivamente de postres: un *Mont Blanc*, *profiteróles*, una macedonia de frutas, una *tarte Tatin*, un sorbete de frambuesa con crema *chantilly*, una tarta de chocolate con más *chantilly*...

—Esto es repugnante —masculló Utz—. No, es imposible que me quede aquí.

Se levantó de la mesa y le informó al recepcionista que partiría en el tren de la mañana.

Al cruzar la frontera checa, le deprimió ver las hileras de alambre de espino y las garitas de los centinelas. Pero observó, con relativo alivio, que ya no había vallas publicitarias.

Utz fue uno de esos raros individuos que, durante toda la guerra fría, conservaron la ilusión de que el telón de acero era esencialmente frágil. Gracias a sus inversiones en Occidente —y a sus poderes de persuasión que desconcertaban por igual a los burócratas de Praga y a él mismo— consiguió mantener un pie en cada campo.

Año tras año, repetía la peregrinación ritual a Vichy. Hacia finales de abril, su resentimiento contra el régimen llegaba al punto de ebullición: por su incompetencia, nada más. Utz consideraba vulgar quejarse de la colectivización. Hacia abril, también experimentaba una claustrofobia aguda, producto de haber pasado los meses de invierno muy cerca de Marta, que no cesaba de dorarlo. Para no hablar del hastío, lindante con la furia, que nacía del hecho de vivir esos meses en compañía de porcelanas muertas.

Antes de partir, tomaba la decisión de no volver nunca, nunca jamás —al mismo tiempo que adoptaba las providencias para su regreso— y se iba a Suiza de muy buen humor.

El itinerario era siempre el mismo: a Ginebra, para las entrevistas con sus banqueros y un anticuario; y después a Vichy, y sólo a Vichy, para catar las aguas, para respirar el aire fresco de la libertad que se viciaba rápidamente, y para pedir los platos más costosos que luego le disgustarían.

Entonces volvía al terruño como si lo persiguieran los demonios.

Un año fue a pasar un fin de semana en París, pero esto le trastocó por completo el equilibrio.

Tales arreglos no le sentaban bien a nadie que no fuera él mismo. Para Marta, su ausencia era un trance de tormento, casi de luto. Para los funcionarios que le concedían la visa de salida —hombres que estaban seriamente convencidos de que el ámbito apropiado para un decadente tan incurable era Vichy, Estados Unidos o algún otro lugar corrupto, y que se sentían orgullosos de la clemencia que demostraban al permitirle partir— su regreso era el acto de un loco.

Su comportamiento era igualmente enigmático para una serie de cónsules de las embajadas francesa y suiza. Puesto que estaban acostumbrados a pensar que Checoslovaquia era un país del que las personas de la condición social de Utz huían, la idea de que un individuo normal pudiera preferir la patria al exilio les parecía excesivamente perversa: un acto de ingratitud. ¿O acaso existía una motivación siniestra? ¿El señor Utz sería un espía?

No. No era un espía. Tal como me explicó en el curso de nuestra caminata vespertina, era agradable vivir en Checoslovaquia, siempre que uno tuviera la posibilidad de irse. Al mismo tiempo admitió, con una sonrisa autodenigratoria, que su caso grave de *Porzellankrankheit* le impedía partir para siempre. La colección lo mantenía prisionero.

—¡Y, por supuesto, me ha arruinado la vida!

En un momento de descuido también confesó que tenía una reserva secreta de porcelanas de Meissen, oculta en una caja de caudales numerada, en la Union de Banques Suisses, en Ginebra.

Cada vez que la cotización de sus acciones superaba un determinado nivel, desviaba una suma de dinero para pagarse otro objeto. Su cálculo consistía en que si, a lo largo de los años, la reserva de Ginebra se aproximaba en calidad, aunque no necesariamente en cantidad, a la colección de Praga, tal vez volvería a experimentar la tentación de emigrar.

Un año —creo que fue en 1963— el intermediario neoyorquino doctor Marius Frankfurter, viajó especialmente a Vichy para ofrecer a Utz una pieza de porcelana que no tenía nada en común con las que le interesaban habitualmente: un modelo conocido por el nombre de *El comedor de espaguetis*, manufacturado, no en Meissen, sino en la fábrica de Capodimonte, en Nápoles.

En el mismo aposento de color azul claro, el doctor Frankfurter extrajo el objeto de sus múltiples capas de papel de seda y lo depositó sobre la cómoda, con la veneración de un sacerdote que exhibe la hostia. Utz apenas pudo dejar de comparar su brillo perlado con la epidermis verrugosa del intermediario. ¡Pero así era la vida! A los hombres más feos les gustaban los objetos más bellos.

—¿Bien? —preguntó el doctor Frankfurter.

—Bien. —Utz apretó los labios.

El objeto era adorable. Pero no lo diría.

Una figura de Pulchinella —el «Charlie Chaplin» de la comedia italiana— reposaba en una suerte de silla de inválido, luciendo un collarín de encaje verde sobre una camisa holgada de hilo, y un sombrero cónico blanco parecido al de un derviche danzarín. A su lado, un chico napolitano, con un gorro escarlata y pantalones bombachos púrpuras, le daba de comer el contenido de un orinal. Utz quedó especialmente cautivado por los espaguetis enroscados, listos para introducirse en la boca de Pulchinella... o en una de sus cavernosas fosas nasales.

Pero ¡ay, el precio! Incluso el doctor Frankfurter parecía intimidado por su magnitud, y sólo se atrevió a enunciarlo con voz susurrante.

—Bueno —dijo Utz, después de recuperarse de la conmoción inicial—. Nunca en mi vida he comprado una pieza de porcelana italiana. ¿Cómo podría saber que es auténtica?

—¿«Auchéntica»? —farfulló el doctor Frankfurter.

¡Claro que era auténtica! Y Utz, desde luego, sabía que lo era. Sólo trataba de ganar tiempo.

Pero el doctor se sintió agraviado. Amenazó con envolver nuevamente la pieza en sus papeles de seda, sólo para aplacarse luego y desgranar un impresionante linaje de familias de la nobleza italiana a las que había pertenecido —nombres que a Utz le resultaban tan ajenos como una lista de estaciones de ferrocarril comprendidas entre Ventimiglia y Bari— hasta llegar, en un *crescendo* de referencias onomásticas, a la mismísima reina Maria Amalia.

—¿De veras? —preguntó Utz—. ¿Era suyo?

Porque él sabía —y el doctor Frankfurter sabía que él sabía— que, antes de convertirse en reina de Nápoles, esa mujer poco agraciada y picada de viruela había sido princesa de Sajonia, y era nieta de Augusto el Fuerte.

Había sido ella quien, en 1739, había fundado la fábrica de Nápoles, apenas a tiro de piedra del palacio, proyecto éste encaminado a encauzar sus energías germánicas hacia algo útil.

Utz tomó una decisión. Habría que comprar *El comedor de espaguetis*, aunque sólo fuera para rescatarlo de las manos sudorosas del doctor Frankfurter. ¡Pero no cedería sin pelear!

El doctor —doctor en qué era un misterio— adoptó la estrategia de argumentar que ofrecía el objeto como prenda de una amistad especial. Le mostró a Utz un libro donde aparecía su fotografía, un análisis químico de la pasta y un recibo de una subasta que se había celebrado en 1949.

—Y el precio es un *prix d'ami* —afirmó, no una vez sino repetidamente. Podía venderlo en Estados Unidos a diez interesados. Por el doble de esa suma.

—¿Por qué no lo hace? —Utz lo desenmascaró.

Su táctica consistió en menospreciar la producción de la fábrica de Nápoles. El objeto, insistió, no encajaba realmente en su especialidad... aunque le gustaría tenerlo en la colección «a fin de realizar un estudio comparativo».

El cielo estaba encapotado y lloviznaba. Miró desde la ventana los árboles del Parc de l'Allier. Había contado con poder escamotear un tercio del precio. El doctor Frankfurter era terco como una mula.

Cinco veces, el vendedor se alejó por el corredor con la caja bajo el brazo. Utz lo llamó otras tantas para invitarlo a volver. En una oportunidad llegó al vestíbulo, donde los otros huéspedes quedaron atónitos al ver que dos caballeros de edad intermedia parloteaban en alemán a voz en cuello.

Finalmente llegaron a un acuerdo, ¡por puro agotamiento!

Lo siguió una apresurada preparación de maletas y un viaje en tren a Ginebra... de donde Utz se había comprometido a retirar el dinero en efectivo. Ninguno de los dos hablaba. El doctor Frankfurter estaba paralizado, temiendo que Utz desistiera de la operación. Utz estaba abatido porque no había regateado un poco más.

En la escalinata de la Union de Banques Suisses intercambiaron un frío apretón de manos.

—¡Hasta el año próximo, pues! —se despidió el doctor Frankfurter.

—¡Hasta el año próximo! —asintió Utz, y le dio la espalda al taxi.

Volvió al banco, para examinar su compra a solas.

Entró en el familiar corredor subterráneo donde las hileras de cajas de caudales de acero inoxidable parecían extenderse, como raíles de ferrocarril, hasta desaparecer en lontananza. ¿Quién podía saber cuáles eran los tesoros que contenían? Los suficientes para llenar un banco, pensó con una risita. ¡Con un montón de basura costosísima!

En el corredor había, de trecho en trecho, mesas iluminadas por lámparas de brazo articulado, donde los clientes podían regodearse contemplando sus posesiones. Una mujer tocada con una peluca roja acariciaba una pulsera de esmeraldas. A continuación, un traficante de antigüedades, libanés, defendía la autenticidad de un animal de bronce corroído. Su cliente, un joven excitable con quevedos, denunciaba que era falso.

Utz le oyó decir al joven «*Archifaux!*», y tembló.

¿El doctor Frankfurter le habría vendido también una falsificación? Sus dedos desgarraron el papel de seda. Escudriñó la pieza con una lupa de bolsillo, y volvió a respirar.

—¡Descartado! ¡Tiene que ser auténtico!

Los espaguetis eran una maravilla. La nariz de Pulchinella era una maravilla. La sutileza de los esmaltes superaba la de los colores de Meissen. Había procedido correctamente. Le había resultado barato. Barato, cuando uno lo pensaba. ¡Además, lo adoraba! Y cuando llegó el momento de devolverlo a su ataúd de acero inoxidable, vaciló.

—No —se dijo—. No puedo dejarlo aquí.

De modo que, cuando otros tendían a sacar clandestinamente de Checoslovaquia, en valijas diplomáticas o en la maleta de un amigo extranjero, cualquier objeto de valor al que podían echar mano —un estuche de rapé, una condecoración ancestral, o un servicio de desayuno de plata sobredorada, tenedor por tenedor—, Utz se embarcó en el procedimiento opuesto.

—Lo *entré* de contrabando —susurró.

Estaba en pie en el centro de la habitación, más o menos equidistante del lince y el pavo. Me levanté para ir a reunirme con él, y casi me desollé la canilla contra el ángulo de la mesa de Mies van der Rohe. *El comedor de espaguetis* se alzaba en el estante central, a la derecha de *Madame* de Pompadour.

—Marta —exclamó Utz.

La criada entró con otra fuente de canapés. Pero apenas tomó nota de nuestra posición, se retiró a la cocina americana y, después de coger un par de sartenes de

aluminio, empezó a entrechocarlas como si fueran címbalos.

—Ahora no pueden oírnos —dijo Utz, poniéndose de puntillas. Había acercado la boca a mi oído.

—¿Escuchan?

—¡Constantemente! —Dejó escapar una risita—. Hay un micrófono en esta pared. Otro en aquélla. Otro en el cielo raso, y no sé dónde más. Escuchan, escuchan, escuchan todo. Pero este «todo» es demasiado para ellos. ¡Así que no *oyen* nada!

Las sartenes producían un estrépito semejante al de un taladro neumático. Del suelo que pisábamos brotó otro ruido, el de una estaca o el mango de una escoba que alguien golpeaba contra el cielo raso del apartamento de abajo. Presumiblemente quien empuñaba el instrumento era la furiosa soprano.

—Algunos días —continuó—, me telefonan y preguntan: «¿Qué está haciendo, Utz? ¿Rompe porcelanas?». Yo contesto: «No. Es Marta que prepara la cena». Uno de ellos, debo confesar, es un sujeto muy chistoso. Somos amigos.

—¿Amigos?

—Amigos telefónicos. Ahora aprendemos a estimarnos recíprocamente. Eso es lo correcto, ¿no?

—Si usted lo dice.

—Lo digo.

—Bueno.

—Bueno —repitió Utz—. Ahora le haré unas preguntas.

¡Bang!... ¡Bang!... ¡Bang!... ¡Bang!... ¡Bang!... ¡Bang!...

—¿Cuánto costaría hoy un arlequín Kaendler si saliera a subasta en Londres?

—No tengo la más remota idea —contesté.

—¿De veras? —Frunció el entrecejo—. ¿Sabe tanto de porcelanas y desconoce los precios?

—Estaría adivinando.

—Adelante. —Rió—. Adivine.

—Diez mil libras.

—¿Diez mil? ¿Cuánto es eso en dólares?

—No llega a treinta mil.

—¡Ha dado en la tecla, caballero! —Utz cerró los ojos—. El último se vendió en veintisiete mil dólares. Fue en Estados Unidos. Parke-Bernet Galleries. Pero tenía la mano rota.

¡Bang!... ¡Bang!... ¡Bang!... ¡Bang!... ¡Bang!...

—¿Y cuánto por los jarrones Augustus Rex?

No recuerdo la magnitud de la cifra que mencioné. Por cierto, pensé que era suficientemente alta para dejarlo satisfecho. Pero adoptó una expresión contrita, se mordió el labio, y dijo:

—¡Más! ¡Más!

Pero por un solo jarrón habían pagado más en París, en el Hôtel Drouot. Ése era

un juego completo, sin una sola resquebrajadura o imperfección en parte alguna.

Poco a poco, se me fue contagiando el espíritu del juego de adivinanzas. Aprendí, con la práctica, a enunciar las cifras que él deseaba oír y, así, tasé el avetoro, el rinoceronte, la sopera de Brühl, a Fröhlich y Schmeidl, la Pompadour e incluso *El comedor de espaguetis*.

Aguantamos casi una hora. Utz señalaba un objeto de los estantes. Marta golpeaba sus sartenes. Yo hacía bocina con ambas manos alrededor de su oído, pegoteándome los dedos con su brillantina, y susurraba precios cada vez más elevados.

De cuando en cuando, Utz soltaba un chillido de júbilo. Al fin preguntó:

—¿Cuánto, entonces, por toda la colección?

—Millones.

—¡Ja! Tiene razón —asintió Utz—. Soy millonario en porcelanas.

El estrépito de las sartenes se disipó, y lo siguió, pocos minutos después, el siseo de la grasa caliente.

—¿Comerá conmigo? —inquirió.

—Sí —contesté—. Gracias. ¿Puedo pasar al baño?

Utz fingió no oír.

—¿Puedo pasar al baño?

Respingó. Un tic nervioso le contorsionó las facciones. Jugeteó con un gemelo de la camisa, echó una mirada atormentada en dirección a la cocina americana, y se recompuso.

—*Ja! Ja!* ¡Por supuesto que sí! —balbuceó, y me mostró el camino que, pasando junto a una cama de matrimonio, conducía al cuarto de baño immaculado, decorado con un friso de azulejos de color verde y lila, estilo Jugend, en cuya bañera el esmalte estaba casi totalmente desgastado.

Cerré la puerta a mis espaldas... y vi una prenda pasmosa.

De un gancho colgaba una bata, pero en lugar de ser una bata a cuadros o de pelo de camello, era de seda acolchada, de color melocotón, con aplicaciones de rosas sobre los hombros y un cuello de plumas de avestruz rosadas que hacían juego.

La escena que sugería esa indumentaria imprevista desencadenó un torbellino en mi imaginación.

Tiré de la cadena del inodoro. Por encima de la descarga y el borboteo del agua, oí que Utz y Marta protestaban fuera, en checo.

Él me esperaba para desalojarme del dormitorio. Yo no me dejé desalojar.

Me detuve a admirar el grabado del siglo XVIII de una exhibición de fuegos artificiales en el Zwinger. Vi una fotografía del padre de Utz. Vi su ilustre condecoración montada sobre un fondo de terciopelo negro. Vi una mesilla de noche negra de estilo «veneciano» y, encima de ella, un libro de Schnitzler y otro de Stefan

Zweig. Vi un gran recipiente de talco —¿o acaso era de polvos faciales?— frente al espejo del tocador. Vi otros tres elementos inesperados: un rosario, un crucifijo y un escapulario del Niño de Praga. La rizada pantalla de encaje de la lámpara había sido chamuscada por la bombilla eléctrica. Las cortinas rosadas con volantes y el edredón rosado de raso —que, en ambos casos, habían visto días mejores— conferían a la habitación una atmósfera de feminidad anticuada, un poco basta.

Contemplé a Utz desde otra perspectiva a la luz de este descubrimiento. Miré su calva reluciente. ¿Habría, quizás, una peluca oculta bajo los volantes del tocador?

Él no se atrevía a mirarme a los ojos. En cambio, se ajetreó con el gramófono y puso un disco: una sonata para piano de un compositor de la corte de Sajonia, Jan Dismas Zelenka.

La criada volvió a aparecer y dispuso la mesa para dos, dejando caer ruidosamente los cuchillos y tenedores con un despliegue de mal humor. Dio media vuelta y regresó con una fuente de Meissen sobre la que había distribuido algunas costillas de cerdo, chucrut y buñuelos con salsa.

Utz comió con embotada concentración, interrumpiéndose de cuando en cuando para llevarse a la boca un trocito de pan, o sorber un poco de vino, pero casi sin pronunciar palabra. No hacía caso de mí: aparentemente estaba furioso consigo mismo por haber invitado a ese extranjero entremetido que había alterado su paz interior y que quizás, a la larga, le causaría un disgusto.

Se encogía cada vez que se asomaba la criada. Después de servirse una segunda ración, empezó a relajarse.

Cortó un trozo de carne de forma cúbica, lo ensartó, lo alzó en el aire, y se dirigió a mí, con tono pedante.

—Cada vez que veo un trozo de cerdo en mi tenedor, debo recordar que «puerco» y «porcelana» son una misma palabra.

—¿De veras? —dije—. ¿Cómo es eso?

—¿De veras no lo sabe?

—De veras no.

—Entonces se lo explicaré.

Tendió la mano hacia uno de los estantes y me pasó una pequeña concha blanca de ciprea, un ejemplar común de *Cypraea moneta*. ¿Su forma, por casualidad, me recordaba un cerdo?

—¿Por qué no?

—Estupendo —asintió—. También estamos de acuerdo en eso.

Las cipseas, prosiguió, se utilizaban como dinero, en Africa y Asia, donde las trocaban por marfil, oro, esclavos u otras mercancías vendibles. Marco Polo las llamó «conchas de porcelana», y *porcella* significaba, en italiano, «marrana pequeña».

Dejó escapar un hipo perfecto, causado probablemente por el chucrut.

—Lo siento —se disculpó.

—No es nada.

Luego sacó, de la nada, una botella de porcelana blanca translúcida que databa de la época de Kublai Khan. La había comprado en París antes de la guerra. ¿No me parecía acaso, como le parecía a él, que su lustre se asemejaba al de una ciprea?

—Sí.

—Gracias.

Su evidencia siguiente fue la fotografía de una botella casi idéntica que se encontraba en el Tesoro de San Marco: un objeto que, según se decía, había llegado a Venecia en las alforjas de Marco Polo en persona.

—¿Ahora entiende lo del «puerco» y la «porcelana»?

—Creo que sí —respondí.

La porcelana china, continuó, era una de esas sustancias legendarias, como el cuerno del unicornio o el oro alquímico, de las cuales los hombres esperaban poder beber el contenido de la Fuente de Juvencia. Se decía que una taza de porcelana se agrietaba o se decoloraba si vertían veneno en ella.

Marta limpió la mesa, sirvió café y abrió una caja de confites de Carlsbad. Utz volvió a hipar y me bombardeó con una avalancha de preguntas.

¿Había estado en China? ¿Había leído las cartas del padre Matteo Ricci? ¿O la descripción de la fabricación de porcelana escrita por el padre d'Entrecolles? ¿Hasta qué punto era realmente serio mi conocimiento de la porcelana china? ¿La del período Sung? ¿La del Ming? ¿La del Ch'ing?

Desde el siglo XVII, explicó, los emperadores de China habían ejercido una influencia colosal sobre la imaginación europea. Se pensaba que eran muy sabios y que vivían hasta una edad muy avanzada, haciendo de árbitros y jueces imparciales guiados por leyes que emanaban de la Tierra y el Cielo. Bebían de cuencos de porcelana. Construían pagodas de porcelana. La superficie suave y lustrosa de la porcelana armonizaba con la superficie suave y lisa de ellos mismos. La porcelana era su material, así como el oro era el material del *Roi Soleil*.

—Y aún hoy —añadió Utz con tono petulante—, nuestros amigos soviéticos nunca son demasiado pobres para pagar oropeles.

—Entonces —lo interrumpí—, ¿usted diría que la manía por la porcelana de su Augusto estaba condicionada por las leyendas del Emperador Amarillo?

—¿Que si lo diría? ¡Claro que lo diría! Y no sólo los reyes amaban la porcelana. ¡También los filósofos! ¡Leibniz estaba loco por la porcelana!

Leibniz —que había creído que este mundo era el mejor de los mundos posibles— pensaba que la porcelana era su mejor material.

La criada estaba inmóvil en el pasillo, y tenía clavada en su patrón una mirada hostil, como si le reclamara que pusiese fin a la entrevista. Él no le prestaba atención.

—¿Ahora quiere hacerme el favor de observar estos dos pequeños personajes?

«Éstos» eran un par de estatuillas idénticas de Augusto el Fuerte, coronado como un emperador romano, y plantadas a la manera de Tweedledum y Tweedledee —los proverbiales artículos gemelos que sólo se diferencian por el nombre—, en medio de

las damas de Dresde. No habían sido modeladas con mucho refinamiento, pero tenían la energía concentrada de un fetiche africano.

Una estaba confeccionada con alfarería roja de Böttger, la llamada «porcelana de jaspe». La otra era blanca.

—Ahora dígame lo que sabe de Böttger.

—No mucho —contesté—. Empezó como alquimista, y después inventó la porcelana.

—Quizás inventó la porcelana. Pero ni siquiera eso es seguro.

Eché mano de mi libreta de anotaciones. Utz recitó una síntesis de la carrera de Böttger.

Johannes Böttger nace en 1682, en Schleiz, Turingia, y es hijo de un funcionario de la Casa de la Moneda. Después de pasar la infancia en el taller de su abuelo, que es orfebre, lo envían a trabajar como aprendiz a las órdenes de un boticario de Berlín llamado Zorn.

Estudia libros de alquimia: el beato Ramon Llull, Basilio Valentino, Paracelso y el *Aphorismi Chemicí* de Van Helmont, donde las sustancias alquímicas figuran con los nombres de León Rubí, Cuervo Negro, Dragón Verde y Lirio Blanco.

Se convence de que el oro y la plata maduran en las entrañas de la tierra, a partir del arsénico rojo y blanco. Una noche, sus compañeros aprendices lo encuentran semiasfijado por los vapores de arsénico, en el laboratorio de Zorn.

Entre los clientes de la farmacia se cuenta un monje mendicante griego, Lascaris, que tiene fama de poseer la Tintura Roja, o «León Rubí», una pizca de la cual basta para transmutar el plomo en oro.

El monje se enamora del muchacho.

Böttger consigue una redoma de la tintura y ejecuta su primera transmutación «exitosa», en los aposentos de un amigo estudiante. El segundo experimento «exitoso» se desarrolla en presencia de Zorn y otros testigos escépticos.

Las damas de Berlín encuentran irresistible al joven alquimista. Su reputación se expande: llega a oídos del rey Federico Guillermo el «Gran Amante», quien obtiene una muestra de oro gracias a *Frau Zorn*... y dicta una orden de arresto contra Böttger.

Böttger huye a Wittenberg, que está subordinada a la corona de Augusto el Fuerte.

En noviembre de 1701, los reyes de Prusia y Sajonia realizan maniobras militares a lo largo de sus fronteras. ¿Cuál de estos soberanos indigentes se apoderará del fabricante de oro? Böttger es escoltado a Dresde por una guardia armada, como un físico nuclear fugitivo.

En la Jungfernbastei, una de las diversas prisiones donde se alojará durante los trece años siguientes, come en vajilla de plata, tiene un mono domesticado y se pone a trabajar, en un laboratorio secreto, en la búsqueda del *arcanum universale* o Piedra

Filosofal.

Hacia 1706 el Tesoro de Sajonia ha agotado sus recursos como consecuencia de la guerra con Suecia y de las compras compulsivas de porcelana china hechas por el rey. Augusto, enfurecido por el fracaso de Böttger, amenaza con trasladarlo a otro laboratorio: la cámara de tortura.

Böttger conoce a Ehrenfried Walther, Graf von Tschirnhaus. Este químico sobresaliente, amigo de Leibniz, está próximo a descubrir el secreto de la porcelana «auténtica», pero no logra diseñar un horno de cochura suficientemente caliente para fusionar la capa vitrificada y el cuerpo de la pieza. Reconoce el talento de Böttger y le pide su cooperación. El alquimista accede, para salvar el pellejo.

Böttger cuelga un cartel sobre la puerta de este taller:

Dios, Nuestro Creador
ha convertido a un Fabricante de Oro en Alfarero

En 1708 entrega a Augusto las primeras muestras de porcelana roja y, al año siguiente, de la blanca.

En 1710 se funda en Meissen la Fábrica Real de Porcelana de Sajonia, que empieza a trabajar en escala comercial. «*Arcanum*» —palabra que generalmente emplean los alquimistas— es el término oficial que designa la composición de la pasta. La fórmula es declarada secreto de Estado. Casi inmediatamente el asistente de Böttger traiciona el secreto... y lo vende a Viena.

En 1719 Böttger muere, víctima del alcohol, la depresión, el delirio y el envenenamiento químico.

Durante la inflación alemana de 1923, los bancos de Dresde emiten moneda de emergencia, en porcelana roja y blanca de «Böttger».

Utz me mostró algunos ejemplares de este «dinero raro» que obraban en su poder. Los dejó caer en la palma de mi mano, como si fueran bombones.

—Muy interesante —comenté.

—Pero ahora le contaré algo aún más interesante.

La mayoría de los expertos en porcelana, prosiguió, interpretaban el descubrimiento de Böttger como un subproducto utilitario de la alquimia... equiparable a la cura mercurial de Paracelso para la sífilis.

Él no estaba de acuerdo. Consideraba que era necio atribuir a los tiempos pasados las preocupaciones materialistas del presente. Excepto entre los profesionales más banales, la alquimia nunca había sido una técnica encaminada a multiplicar la riqueza hasta el infinito. Era un ejercicio místico. La búsqueda del oro y la búsqueda de la porcelana habían sido facetas de un mismo anhelo: el de hallar la sustancia de la inmortalidad.

En cuanto a él, había emprendido estudios de alquimia a instancias de Zikmund Kraus, tanto porque era un campo apropiado para sus impulsos enciclopédicos, como porque era un medio para elevar su «manía de la porcelana» a un plano metafísico: así, si los comunistas se apoderaban de la colección, él seguiría poseyéndola igualmente.

Utz había leído su Jung, su Goethe, a Michael Maier, los desvarios del doctor Dee y el *Dictionnaire Mito-Hermétique* de Pernéty. Sabía todo lo que había que saber acerca de la «madre de la alquimia», María la Judía, una química del siglo III que, según se decía, había inventado la retorta.

Los alquimistas chinos, añadió, acostumbraban enseñar que el oro era el «cuerpo de los dioses». Los cristianos, con su énfasis en la simplificación, lo equiparaban con el Cuerpo de Cristo: la sustancia perfecta, incorruptible, un elixir capaz de arrebatarnos de las Mandíbulas de la Muerte. Pero este oro, ¿era el oro tal como lo conocíamos? ¿O un «*aurum potabile*», que había que beber?

Se pensaba, dijo, que las piedras preciosas y los metales maduraban en el seno de la tierra. Así como un feto pálido se transformaba en una criatura de carne y hueso, así también los cristales enrojecían y se trocaban en rubíes, la plata en oro. El alquimista creía que estaba en condiciones de acelerar el proceso con la ayuda de las dos «tinturas»: la Piedra Blanca, con la cual los metales viles se convertían en plata; y la Piedra Roja, que era «la obra final de la alquimia»... ¡El mismísimo oro! ¿Yo entendía eso?

—Espero que sí —murmuré débilmente.

Saltó a otro tema.

¿Qué sabía yo acerca del homúnculo de Paracelso? ¿Nada? Bueno, Paracelso pretendía haber creado un homúnculo mediante una fermentación de sangre, esperma y orina.

—¿Una suerte de bebé probeta?

—Más probablemente una suerte de gólem.

—Sabía que volveríamos a los gólem.

—Hemos vuelto.

¿Me dignaría reflexionar ahora acerca del hecho en virtud del cual Nabucodonosor había recalentado el «horno de fuego ardiendo» siete veces «más de lo acostumbrado» cuando metió en él a Sadrac, Mesac y Abednego?

—¡Siete veces, le digo! —Utz agitó las manos en el aire.

—¿Intenta hacerme creer que Sadrac, Mesac y Abednego eran figuras de cerámica?

—Podían serlo —respondió—. Ciertamente sobrevivieron al fuego.

—Ya veo —dije—. ¿Así que usted piensa *realmente* que las porcelanas viven?

—Lo pienso y no lo pienso —se burló—. Las porcelanas mueren en el fuego, y después resucitan. El horno de cochura, entiéndalo, es el infierno. La temperatura que se necesita para inflamar la porcelana es de 1450 grados centígrados.

—Sí —dije.

Los vuelos de la fantasía de Utz me producían vértigos. Parecía estar insinuando que las porcelanas europeas más antiguas —las alfarerías rojas y las alfarerías blancas de Böttger— habían equivalido a las tinturas roja y blanca de los alquimistas. Para un viejo depravado y supersticioso como Augusto, la fabricación de porcelana había sido una aproximación a la Piedra Filosofal.

Si era así, y si, para la imaginación del siglo XVIII, la porcelana no era sólo una sustancia exótica más, sino una sustancia mágica y con dotes de talismán —la sustancia de la longevidad, la potencia, la invulnerabilidad— resultaba más fácil entender por qué el rey había poblado un palacio con cuarenta mil piezas. O había guardado el *arcanum* como si de un arma secreta se tratara. O había canjeado los seiscientos gigantes.

La porcelana, concluyó Utz, era el antídoto para la descomposición.

Por supuesto, Federico el Grande disipó esta ilusión cuando cargó sencillamente el contenido de la fábrica de Meissen en carros tirados por bueyes y lo envió, como botín, a Berlín.

—Pero Federico —Utz agitó los párpados—... no obstante su gran talento musical... ¿era en realidad un perfecto materialista!

La habitación estaba casi en penumbras. Era una noche calurosa y una suave brisa combaba las cortinas de red. Sobre la alfombra, los animales del Palacio Japonés titilaban como grumos de fosforescencia.

—¡Marta! —exclamó—. ¡Luz, por favor!

La criada apareció con un candelabro de Meissen, y lo depositó cuidadosamente sobre el centro de la mesa. Acercó una cerilla a la vela. En las paredes se reflejaron incontables puntos de fuego.

Utz cambió el disco del gramófono: esta vez optó por el recitado de Zerbinetta y Arlequín, de *Ariadne auf Naxos* de Strauss.

He dicho que el rostro de Utz era de «textura cérea», pero ahora, a la luz de la vela, la textura parecía de cera derretida. Examiné la tez de las damas de Dresde, para la que no pasaban los años. Los objetos, reflexioné, son más resistentes que los seres humanos. Los objetos son el espejo inmutable en el que vemos cómo nos desintegramos. Nada es más envejecedor que una colección de obras de arte.

Levantó de los estantes, uno por uno, los personajes de la *Commedia*, y los depositó en el círculo de luz donde parecieron patinar sobre el vidrio de la mesa, girando sobre sus bases de espuma dorada, como si fueran a reír, rotar a improvisar eternamente.

Scaramouche rasguearía su guitarra.

Brighella liberaría los bolsos ajenos.

El Capitán fanfarronearía puerilmente como todos los oficiales del ejército.

El Doctor mataría a su paciente para salvarlo de la enfermedad.

Los espaguetis enroscados quedarían suspendidos a perpetuidad sobre las fosas nasales de Pulchinella.

Pantaleón se regodearía mirando sus faltriqueras llenas de dinero.

La Innamorata sería maltratada por la turba camino del teatro, como todos los travestidos del mundo.

Colombina estaría eternamente enamorada de Arlequín... «loca de remate si confiaba en él».

Y Arlequín... *El Arlequín*... el superimprovisador, el chistoso, el tramoyista, maestro de la versatilidad... siempre se pavonearía con su plumaje variopinto, sonreiría a través de su máscara anaranjada, entraría de puntillas en las alcobas, vendería pañales para los hijos del Gran Eunuco, bailarían sobre el filo de la catástrofe... ¿El señor Camaleón en persona?

Y mientras Utz hacía girar la figura a la luz de la vela, comprendí que lo había juzgado mal; que también él danzaba; que, para él, ese mundo de estatuillas era el mundo real. Y que, comparados con ella, la Gestapo, la policía secreta y otros gamberros eran criaturas de oropel. Y los acontecimientos de este siglo tenebroso — los bombardeos, *blitzkriegs*, golpes de Estado, purgas— eran, por lo que a él concernía, otros tantos «ruidos de fondo».

—Y ahora —dijo—, saldremos. Saldremos a caminar un poco.

Mientras me encaminaba hacia la puerta, agradecí a Marta que nos hubiera preparado la cena. Una sonrisa tenue le cruzó por el rostro. Sin bajar de su taburete, inclinó el torso rígidamente a partir de la cintura.

Era una noche muy cálida y bochornosa, y las mariposas nocturnas revoloteaban alrededor de las farolas. En la plaza de la Ciudad Vieja, se habían congregado multitudes de jóvenes al pie del monumento a Jan Hus. Parecían lozanos y vigorosos: los chicos lucían camisas de cuello abierto; las chicas, anticuados vestidos de algodón.

Las estrellas asomaron tras las agujas de la iglesia Týn, y más gente empezó a desfilar por las arcadas de la escuela de teología, a los acordes del órgano, después de salir de misa. Faltaba casi un año para que empezase la Primavera de Praga, pero recuerdo que imperaba una atmósfera de optimismo. También recuerdo que Utz me tomó por sorpresa cuando se giró hacia mí y me mostró los dientes.

—Aborrezco esta ciudad —espetó.

—¿La aborrece? ¿Cómo puede aborrecerla? Usted me dijo que es una ciudad hermosa.

—La aborrezco. La aborrezco.

—Las cosas mejorarán —respondí—. Sólo pueden mejorar.

—Se equivoca. Nunca mejorarán.

Me estrechó la mano e hizo una breve reverencia.

—Buenas noches, mi joven amigo —prosiguió—. Recuerde lo que he dicho. Ahora lo dejaré. Me iré al burdel.

Aquel invierno le envié a Utz una tarjeta de felicitación navideña y a cambio de ella recibí una postal que mostraba la lápida mortuoria de Tycho Brahe y que expresaba la esperanza de que le telefonara la próxima vez que visitase Praga.

Durante los meses siguientes, mientras el mundo observaba las actividades del camarada Dubček, traté de imaginar la reacción de Utz ante los acontecimientos, preguntándome si seguiría empeinado en su pronóstico: que las cosas no mejorarían nunca jamás.

A medida que pasaba el verano, y no obstante las amenazas de la prensa soviética, parecía cada vez menos probable que Brezhnev enviara los tanques. Pero una noche, cuando yo entraba en París pilotando mi coche, cerraron al tráfico el *boulevard Saint-Germain* y los policías equipados con corazas antidisturbios se enfrentaron con una avalancha de manifestantes.

La ocupación de Checoslovaquia había sido completada en un día.

Subí la escalera del Hôtel Louisiane, cargando mi maleta, y me dije, amargamente, que Utz había tenido razón. En diciembre le envié otra tarjeta de Navidad. Nunca recibí la respuesta.

En cambio, el doctor Orlík era un verdadero incordio. Me acosaba con pedidos de fotocopias de artículos científicos, siempre con una escritura garrapateada y semilegible, siempre en papel con membrete del Museo Nacional. Me ordenaba que rastreara el paradero de unos huesos de mamut en el Museo de Historia Natural. Me encargaba libros: nada baratos, por supuesto, sino generalmente monografías publicadas a precios prohibitivos por las imprentas de universidades norteamericanas.

Una carta me describía su último proyecto: un estudio de la mosca casera (*Musca domestica*), tal como había sido pintada en las naturalezas muertas holandesas y flamencas del siglo XVII. Mi participación en esta empresa consistía en examinar todas las fotografías de cuadros de Bosschaert, Van Huysum o Van Kessel, y verificar si en ellos había o no una mosca.

No contesté.

Aproximadamente seis años más tarde, hacia finales de marzo de 1974, recibí una tarjeta de Orlík, con ribete negro, sobre la cual había garrapateado: «Nuestro querido amigo Utz ha muerto...».

La palabra «querido» me pareció un poco exagerada, considerando que había tratado a Utz durante un total de nueve horas y cuarto, aproximadamente seis años y medio atrás. Igualmente, al recordar que los dos amigos estaban unidos por lazos de gran afecto, le envié a Orlík una breve nota en la que agradecía la información y manifestaba mi disposición a compartir su pena.

Esto desencadenó un torrente de pedidos aún más absurdos. ¿Accedería a enviar mil dólares para facilitar las investigaciones de un estudioso pobre? ¿Accedería a patrocinar una gira de seis meses por instituciones científicas occidentales? ¿Accedería a mandar cuarenta pares de calcetines?

Mandé cuatro pares.

La correspondencia cesó paulatinamente.

A finales del último verano pasé casualmente por Praga al regresar de la Unión Soviética. El estado de ánimo, sobre todo en las pequeñas ciudades levantadas a orillas del Volga y el Don, me pareció excepcionalmente eufórico. Tuve la impresión de que el sistema de educación soviético había funcionado demasiado bien, al haber creado, en escala colosal, una generación de jóvenes muy inteligentes, muy cultos, que eran más o menos inmunes al mensaje totalitario.

A Praga la encontré infinitamente más lúgubre y melancólica. Había muchos artículos en las tiendas, pero los compradores deambulaban de un extremo al otro de la plaza Wenceslas con cara de personas disgustadas consigo mismas por haber perdido, aunque sólo fuera temporalmente, la esperanza. Las obras del «*Prag-Deutsch Schriftsteller*», Franz Kafka, no se conseguían en las librerías. Los monumentos que podían convertirse en focos del sentimiento nacional —la iglesia Týn o la catedral de San Vito— se hallaban clausuradas para su reconstrucción. Sus fachadas habían desaparecido bajo una plaga de andamios herrumbrosos, aunque sólo se veían algunos obreros.

Era imposible desplazarse con el coche por cualquier parte sin encontrar la calle bloqueada por un cartel de «obras». Toda la ciudad, laberíntica aún en los mejores momentos, se había convertido en un dédalo de calles sin salida. Me impresionó como una ciudad mercantil que guardaba duelo no tanto por la prosperidad perdida como por el cese de su papel europeo. Era una ciudad que estaba en las últimas.

Soy injusto. En todos los rincones de Praga se veían señales de que los checos eran invencibles.

Creo que Utz fue el primero que me convenció de que la historia es nuestra guía para el futuro, siempre llena de sorpresas caprichosas. El futuro propiamente dicho es una tierra muerta porque todavía no existe.

Cuando un escritor checo desea comentar el infortunio de su país, le queda el recurso de utilizar como metáfora la rebelión husita del siglo xv. En el museo de Praga encontré este texto que describía cómo los husitas habían derrotado a los caballeros germánicos:

A medianoche, de pronto, se oyeron gritos asustados en el centro mismo de las grandes fuerzas de Edom que habían levantado sus tiendas sobre un tramo de tres millas, cerca de la ciudad de Žatec, en Bohemia, a dieciséis kilómetros de distancia de Cheb. Y todos ellos huyeron de la espada, espantados sólo por el rumor de las hojas que caían, sin que los persiguiera hombre alguno...

Mientras yo escribía en mi libreta de anotaciones, me pareció oír nuevamente el susurro nasal de Utz: «Escuchan, escuchan, escuchan todo, pero... ¡no oyen nada!».

Como siempre, había tenido razón. La tiranía monta su propia cámara de ecos: un vacío donde las señales confusas zumban al azar; donde un murmullo o una insinuación causan pánico, de modo que al fin es probable que la maquinaria de la represión se desvanezca, no por obra de la guerra o la revolución, sino con un soplo, o por el rumor de las hojas que caen...

Yo me alojaba en el hotel Yalta. Entre los huéspedes había un periodista francés que le seguía el rastro a un terrorista peruano.

—Muchos terroristas vienen a Praga —explicó—, para someterse a una operación de cirugía facial.

También había un grupo de ingleses que «observaban disidentes»: un profesor de historia moderna y tres señoras cultas que, en lugar de escrutar animales en un parque nacional del este de Africa, habían viajado para espiar a esa otra especie amenazada: el intelectual de Europa oriental. ¿Esa criatura seguía suelta? ¿Con qué había que alimentarla? ¿Aceptaría compaginar algunas palabras apropiadas para apuntalar la cruzada anticomunista?

Bebían *whisky* que pagaban con sus tarjetas de crédito, comían montones de cacahuètes, y alimentaban evidentes esperanzas de que los estuvieran siguiendo. Deseé que, cuando encontraran a un disidente, éste les arrancara los dedos de un mordisco.

Al día siguiente, busqué a algún Utz en la guía de teléfonos. No había nadie con ese apellido.

Me aventuré a pasar bajo las enfermizas máscaras de medusa estucadas que coronaban la puerta del número 5 de la calle Široká, delante de los cubos de basura desbordantes alineados en el portal, y pulsé el timbre del apartamento del último piso. Junto al botón del timbre, vi los agujeros de los tornillos que habían sujetado la placa de bronce de Utz.

En el rellano del tercer piso, pulsé el timbre de la soprano que, veinte años atrás, había aparecido vestida con la bata de peonías estampadas. Ahora era una anciana marchita que usaba un chal negro, con flecos. Pronuncié el nombre «Utz». La puerta se cerró en mis narices.

Había llegado a la planta superior cuando la puerta volvió a abrirse y ella me llamó con un «¡Pssst!».

Se llamaba Ada Krasová. El apartamento estaba atestado de recuerdos de su carrera en la ópera.

Había cantado Mimí, Manón, Carmen, Aída, Ortrud y Lisa en *La reina de espadas*. Una fotografía la mostraba convertida en una adorable Jenufa vestida con una blusa campesina de encaje. Manoseaba constantemente las peinetas de carey que

le sujetaban el pelo. Un gato vomitaba en la cocina. Había arreglos de plumas de pavo real en jarrones chinos. La profusión de raso de color rosa desvaído me recordó el dormitorio de Utz.

Fui rápidamente al grano. ¿Acaso ella sabía, por casualidad, qué suerte habían corrido las porcelanas de Utz? Soltó un gorgorito de ópera. —«¡Oh! ¡La! ¡La!»— y se estremeció. Evidentemente lo sabía, pero no iba a soltar prenda. Me dio el nombre de un curador del museo Rodolphinum.

El museo, un edificio grandioso de los «viejos y buenos tiempos» de Francisco José, había sido bautizado con el nombre del emperador Rodolfo para conmemorar su pasión por las artes decorativas. A lo largo de la fachada se alineaban bajorrelieves que representaban los diversos oficios: el tallado de piedras preciosas, la tejeduría, la fabricación de vidrio soplado. Un par de esfinges torvas montaba guardia en la entrada. De las grietas de los escalones brotaban bardanas.

El museo estaba cerrado por «diversas razones», como en 1967. Sólo una sala, de la planta baja, se hallaba habilitada para exposiciones transitorias. La que estaba abierta en ese momento correspondía a «La silla moderna», con copias de Rietveld y Mondrian realizadas por estudiantes, y una muestra de sillas de fibra de vidrio.

En la mesa de recepción pedí hablar con el curador.

Desde el punto de vista cultural, Praga está a un paso de Dresde. Sabía que si fingía ser un experto en porcelana de Meissen, me desenmascararían en seguida. Así que urdí una historia verosímil: era historiador del rococó napolitano y estaba escribiendo una monografía sobre las estatuillas de la *Commedia dell'Arte* de la fábrica de Capodimonte. En una oportunidad había visto el hermoso modelo *El comedor de espaguetis*, del señor Utz. ¿Era posible averiguar dónde se encontraba?

Una apagada voz femenina contestó desde el otro extremo de la línea:

—Bajaré.

Debí esperar diez minutos hasta que salió del ascensor una mujer poco atractiva, de edad intermedia. Llevaba la cabeza envuelta por un pañuelo de color lila oscuro, y tenía un lobanillo en el mentón. Estiró los labios para esbozar una sonrisa furtiva.

—Será mejor que salgamos —dijo en inglés.

Echamos a andar por el malecón del Vltava. El día era frío y lluvioso, y las nubes parecían tocar el campanario de la catedral de San Vito. Era uno de los peores veranos de los que se tenía memoria. Los ánades machos perseguían a los patos por los bajíos. Un hombre pescaba desde una chalupa de goma hinchable, fondeada en mitad del río, con las gaviotas revoloteando en torno de él.

Rompí el silencio.

—Dígame, ¿por qué su museo está siempre cerrado?

—¿Usted qué cree? —Dejó escapar una risa rápida y gangosa—. ¡Para mantener al Pueblo fuera!

Miró disimuladamente por encima del hombro, y preguntó:

—¿Ha conocido al señor Utz?

—Lo conocí —contesté—. No mucho. Una vez pasé una velada con él. Me mostró su colección.

—¿Cuándo fue eso?

—En 1967.

—Oh, ya veo. —Meneó la cabeza con expresión abatida—. Antes de nuestra tragedia.

—Sí. Siempre me pregunté qué se hizo de las porcelanas.

Respingó. Dio medio paso hacia adelante, un paso completo hacia el costado, y después se apoyó contra la balaustrada, aparentemente sin saber muy bien cómo enunciar la frase siguiente.

—¿Estoy en lo cierto cuando pienso que usted conoce el mercado de las porcelanas de Meissen? ¿En Europa occidental y Estados Unidos?

—No lo conozco —respondí.

—¿Entonces no es coleccionista?

—No.

—¿Ni comerciante?

—Claro que no.

—¿De modo que no ha venido a Praga para comprar porcelanas?

—¡Dios no lo permita!

Mi respuesta pareció desilusionarla. Tenía el presentimiento de que iba a intentar venderme las porcelanas de Utz. Exhaló un profundo suspiro antes de continuar.

—¿Puede decirme —preguntó—, si en Occidente se han vendido piezas de la colección Utz?

—Creo que no.

Hacía más o menos un mes, había visitado al doctor Marius Frankfurter, en Nueva York, en su recargado apartamento poblado por los trinos de pájaros de Meissen.

—Encuentre la colección Utz —dijo—, infórmeme dónde está, y nos haremos verdaderamente ricos.

—No —le contesté a la curadora—. Si alguien lo supiera, ése sería el traficante y viejo amigo de Utz, el doctor Frankfurter. Él me dijo que el misterio era total.

—¡Oh, ya veo! —Clavó la mirada en el agua—. ¿Así que conoce al doctor Frankfurter?

—Me he entrevistado con él.

—Sí —suspiró la curadora—. También es un misterio para nosotros.

—¿Cómo es eso?

Se estremeció y jugueteó con el nudo del pañuelo de cabeza.

—Todas esas hermosas piezas... Se han... ¿Cómo lo diría? ¡Se han esfumado!

—¿Esfumado? —Oí cómo el aire silbaba entre mis dientes.

—¡Esfumado!

—¿Después de su muerte? ¿O antes?

—No lo sabemos.

Hasta 1973, año en que Utz sufrió su derrame cerebral, los funcionarios del museo no abandonaron la costumbre de hacerle visitas de rutina, para verificar que la colección estaba intacta.

Las visitas parecían divertirlo, sobre todo cuando uno u otro de los curadores traía consigo una pieza enigmática de porcelana para poner a prueba su condición de experto. Pero en julio de aquel año, con el brazo derecho paralizado, accedió a firmar un documento en el que confirmaba que, a su muerte, la colección pasaría a poder del Estado.

También aceptó importar de Suiza su «segunda» colección, con la salvedad de que, puesto que ahora las visitas lo alteraban tremendamente, a partir de entonces lo dejarían en paz. El director del museo, hombre humanitario, consintió. Doscientas sesenta y siete piezas de porcelana pasaron por la aduana con una franquicia especial y fueron trasladadas al apartamento de Utz.

Como sabemos, el funeral comenzó a las 8.00 de la mañana del 10 de marzo de 1974, aunque hubo alguna confusión respecto del horario. Como consecuencia de ello, el director y tres miembros de su equipo no pudieron concurrir a la ceremonia religiosa ni al entierro, y llegaron con treinta minutos de retraso al desayuno en el hotel Bristol.

Dos días más tarde, cuando acudieron a la cita en el número 5 de la calle Široká, nadie contestó sus timbrazos. Exasperados, llamaron a un cerrajero para que forzase la puerta. Los estantes estaban vacíos.

Los muebles se hallaban en su lugar, incluidas las chucherías del dormitorio. Pero no encontraron ni una sola pieza de porcelana: sólo las marcas de polvo que indicaban dónde habían estado, y las huellas de los animales del Palacio Japonés sobre la alfombra.

—¿Y la criada? —pregunté—. Ciertamente ella debía saberlo.

—Pero no creímos su explicación.

Al día siguiente, después del desayuno, le pedí al conserje que telefonara al Museo Nacional para preguntar si el doctor Václav Orlík seguía trabajando allí. La respuesta fue que si bien el doctor Orlík estaba oficialmente jubilado, continuaba trabajando por las mañanas en el departamento de paleontología.

Camino del museo tuve la precaución de reservar una mesa para dos en el restaurante Pstruh.

Un bedel del museo me guió por un laberinto de corredores hasta una sala atestada de huesos polvorientos y piedras. Orlík, que ahora estaba canoso y parecía un sabio brahmán, quitaba las incrustaciones de una tibia de mamut. Detrás de él se

alzaba la quijada de una ballena, semejante a un arco gótico.

Le pregunté si me recordaba.

—¿Es? —Frunció el entrecejo—. No. No es.

—Soy —respondí.

Dejó de raspar el hueso de mamut y me escudriñó con mirada miope y desconfiada.

—Sí —dijo—. Ahora lo veo. Es usted.

—Claro que soy yo.

—¿Por qué no contestó mis cartas?

Le expliqué que, después de mi última visita a Praga, me había casado y me había mudado cinco veces.

—No lo creo —sentenció tajantemente.

—Me pregunté si querría almorzar conmigo —manifesté—. Podríamos ir al Pstruh.

—Podríamos ir —asintió dubitativamente—. ¿Usted podría pagar?

—Podría.

—Entonces iré.

Hizo ademán de pasarse un peine por el pelo y la barba, se encasquetó la boina en un ángulo elegante, y se declaró listo para partir.

Cuando nos encaminábamos hacia la salida dejó una nota en la que informaba que había ido a almorzar con un «distinguido estudioso extranjero». Salimos. Vi que cojeaba.

—No creo que sea distinguido —dictaminó mientras cojeaba a lo largo del túnel peatonal—. Creo que ni siquiera es estudioso. Pero debo decírselo a ellos.

No había habido grandes cambios en el restaurante. Las truchas seguían nadando de un extremo al otro del tanque oxigenado. El *maître* —¿podía ser realmente el mismo *maître*?— había desarrollado una panza voluminosa como un globo, y la cara antipática del camarada Novotny había sido reemplazada por la cara igualmente antipática del camarada Husák.

Pedí una botella de vino blanco ligero de Moravia, y brindé en memoria de Utz. Las lágrimas rodaron por los surcos de las mejillas de Orlík, y desaparecieron en la espesura de su barba. Me resigné a comer con un paleontólogo llorón.

—¿Cómo están las moscas? —inquirí.

—He vuelto al mamut.

—Me refiero a su colección de moscas.

—Las he arrojado a la basura.

Esta vez había truchas disponibles.

—*Au bleu, n'est-ce pas?* —Intenté imitar el extraño acento francés de Utz.

—*Blau!* —espetó Orlík, con una sonora carcajada.

Me incliné sobre la mesa, y pregunté en voz baja:

—Dígame, ¿qué pasó con las porcelanas?

Cerró los ojos y balanceó la cabeza de un lado al otro.
—Las arrojó —dijo.
—¿Las arrojó?
—Las rompió y arrojó.
—¿Él las rompió? —resollé.
—Él rompió y ella rompió. A veces él rompía y ella arrojaba.
—¿Ella?
—La baronesa.
—¿Qué baronesa?
—Su baronesa.
—Nunca supe que estuviera casado.
—Estaba casado.
—¿Con quién?
—¡Je! ¡Je! —graznó Orlík—. ¡Adivínelo!
—¿Cómo podría adivinarlo?
—Usted conoció a la baronesa.
—No conocí a nadie.
—La conoció.
—No la conocí.
—La conoció.
—¿Quién era?
—Su doméstica.
—¡Oh, no! No. No lo creo... No... No... ¡Marta!
—Usted lo ha dicho.
—¿Dice que ella destruyó la colección?
—Lo digo y no lo digo.
—¿Dónde está ahora?
—Ida.
—¿Muerta?
—Muerta, tal vez. Tal vez no. Se ha ido.
—¿Del país?
—No.
—¿Adonde, entonces?
—Al interior.
—¿A qué lugar del interior?
—Kostelec.
—¿Dónde está eso?
—Süd-Böhmen.
—¿Dice que regresó al sur de Bohemia?
—Tal vez. Tal vez no.
—Cuénteme...

—No puedo contárselo —susurró—, aquí dentro... Hasta el final del almuerzo, Orlík me entretuvo con una evocación de los cazadores de mamuts que habían merodeado por las tundras de Moravia en el período glaciario.

Pagué la cuenta. Cogimos un taxi que nos llevó al jardín Vrtba donde nos sentamos en una de las terrazas, junto a una urna de piedra parcialmente cubierta por una enredadera.

Utz se casó con Marta en una ceremonia civil un sábado por la mañana, en el verano de 1952, seis semanas después de regresar de Vichy.

Era una época peligrosa. El régimen de Gottwald había desencadenado la cacería de brujas ininterrumpida que culminó con el juicio contra Slánský. A los ciudadanos corrientes les resultaba casi imposible no caer en una u otra de las categorías —nacionalista burgués, traidor al Partido, cosmopolita, sionista, especulador del mercado negro— que darían con sus huesos en la cárcel, o algo peor.

Si por azar eras judío y sobreviviente de los campos de exterminio, esto te marcaba como colaborador de los nazis.

A Utz le resultó evidente que debería actuar con mucha circunspección.

Una mañana, recibió la orden de abandonar el apartamento en un lapso de dos semanas: en su condición de hombre soltero ya no tenía derecho a ocupar dos habitaciones, sino sólo una.

¡A eso se había llegado! No se quedaría en la calle, ni se iría a una buhardilla ruinosa donde no tendría espacio para almacenar sus porcelanas. La solución era el matrimonio.

Durante la ceremonia Marta se mostró muy tímida y muy turbada por las banderas rojas del Viejo Ayuntamiento. «El color de la sangre», pensó con un estremecimiento cuando salieron a la luz del sol.

El lunes siguiente los recién casados se incorporaron, cogidos del brazo, a la cola de los buscadores de vivienda, que avanzaba a paso de tortuga, y presentaron su certificado de matrimonio al burócrata de turno. Se dieron muestras públicas de afecto empalagoso. La orden de desalojo fue cancelada.

Marta desocupó su cuarto y trasladó su maleta al número 5 de la calle Široká.

No puedo garantizar que el título de «barón» que se adjudicaba Utz fuera auténtico. Andreas von Raabe, un amigo mío que vive en Munich, me asegura que los Utz de Krondorf se casaban, de tiempo en tiempo, con miembros de la baja nobleza alemana. No tiene la certeza de que ellos mismos se hicieran acreedores al uso de esos títulos.

Tampoco creo, después de mi visita al doctor Frankfurter en Nueva York, que los peregrinajes anuales de Utz a Occidente fueran tan «puros». Yo había sido muy

ingenuo al pensar que las autoridades lo dejarían viajar de un lado a otro sin un favor a cambio.

Como he dicho, el apartamento del doctor Frankfurter estaba atestado de porcelanas de Meissen y de otras fábricas alemanas. Era obvio que muchas de ellas habían pertenecido a familias aristocráticas checoslovacas y habían sido vendidas, recientemente, por el Estado. Los checos siempre necesitaban divisas fuertes para financiar sus múltiples actividades: espionaje o subversión. Ahora sospecho que la caja de seguridad de la Union de Banques Suisses de Ginebra era una suerte de tienda oficiosa —regentada por el señor Utz— a través de la cual se vendían obras de arte confiscadas.

Pero sí puedo afirmar, categóricamente, que Utz tenía bigote.

Sin el bigote, tal vez habría perdurado en mi imaginación como otro coleccionista de arte más, de hábitos remilgados y propensiones femeninas, cuyos encuentros con las mujeres eran de naturaleza ambigua.

Con el bigote, era un implacable donjuán.

—¡Cierto que tenía bigote! —Una risa obscena sacudió al doctor Frankfurter—. ¡El bigote era la clave de su personalidad!

Utz se había dejado crecer el bigote después de sus desengaños de adolescente en Viena, y nunca había vuelto a pensar en el pasado. No había sido el amante torpe que yo había creído situar en Vichy.

Toda su vida había consistido en una exitosa cacería de voluminosas divas de ópera... aunque, puesto que las cantantes de ópera eran demasiado temperamentales y estaban demasiado obsesionadas por su parte, él tendía a conformarse con las estrellas de la opereta.

Una sucesión de Viudas Alegres y Condesas Mitzis había desfilado por su lecho. Y si los factores habituales de excitación erótica lo dejaban frío, lo ponía frenético el hecho de ver la laringe baja, cuando la cantante echaba la cabeza hacia atrás para emitir una nota aguda.

Era un hombrecillo común y corriente. El secreto de la atracción que ejercía sobre las divas residía en su técnica —se la podría llamar truco— de aplicar las crines rígidas del bigote al cuello de la dama, de modo que el *crescendo* del acto amoroso fuera, para ella, tan extático como las notas finales de un aria.

El papel que desempeñaba Marta en todo esto era triste. Había adorado a Utz con una pasión imposible y titilante desde el momento en que él le había hecho un ademán para invitarla a subir a su automóvil. Sin embargo, al comprender, con una cierta astucia campesina, que si alimentaba esperanzas enloquecería, se resignó a su posición. Si no disfrutaba del cuerpo en este mundo, con fe disfrutaría del alma en el otro.

Rezó y rezó. Iba incansablemente a misa. En la iglesia de Nuestra Señora de la Victoria lloraba delante del Niño Jesús de Praga: una criatura voraz que se apoderaba de los collares de las damas piadosas y a la que las monjas cambiaban, cada semana,

el vestuario.

Una vez, en un estallido de pasión maternal frustrada, se ofreció para ayudarlas a desvestirlo, y las monjas la rechazaron de mala manera.

No se atrevía a confesarle a Él la magnitud de sus ambiciones. Suplicaba perdón por las infidelidades de su marido y por el papel que ella desempeñaba al convertir la alcoba del número 5 de la calle Široká en «algo parecido a un burdel polaco».

Marta nunca había hecho el amor con un hombre, si se exceptuaba un brutal revolcón detrás de un almiar. Sin embargo, adquirió la maestría de una profesional en la faena de preparar la alcoba para damas que eran demasiado orgullosas, o demasiado apocadas, para traer consigo un maletín con sus artículos de tocador.

El talento y el espíritu de iniciativa con que trajinaba en el mercado negro, lo aplicó para adquirir jabón perfumado, agua de colonia, talco, polvos faciales, toallas, franelas y la variada gama de saltos de cama de *crêpe-de-chine* de color rosa que desaparecían inexplicablemente de la colada de las esposas de diplomáticos.

A veces, la visitante de Utz sentía que uno de estos artículos de lujo era demasiado tentador e irresistible, y lo guardaba en su bolso. A Marta le resultaba práctico dejar un señuelo próximo sobre la mesa de noche —un lápiz de labios o un par de medias de nylon— y así salvaba sus mercancías más valiosas.

Guisaba la comida y lavaba los platos. Luego, cuando Utz comenzaba su rutina con las estatuillas de la *Commedia* y la música de *Ariadne auf Naxos*, desaparecía en la oscuridad de la noche.

Algunas noches las pasaba en el suelo del apartamento de su amiga Suzana: la encargada de un tenderete de verduras de la calle Havelská. Había noches peores que pasaba en la Estación Central, con el corazón destrozado, persignándose al pensar en las piernas convulsionadas y el raso rosado.

Puesto que la cola de damas creció, en lugar de reducirse, con el transcurso de los años, también se multiplicó el número de noches que debía pasar fuera. Nunca le deslizó un reproche. Ni él le dio la menor muestra de remordimiento por haberla mortificado.

Marta pensaba que, al casarse con ella, Utz le había hecho el mayor honor del mundo. Tengo la impresión de que, a juicio de ella, y quizás incluso de él, Marta desempeñaba el papel de una consorte que está obligada a contemplar, con divertida condescendencia, una sucesión de amantes histéricas.

Después de mudarse al apartamento, ella había dormido bajo una colcha sobre el angosto sofá-cama de Mies van der Rohe. Pero una noche, mientras revivía en una pesadilla los horrores del arresto de Utz por la Gestapo, aterrizó en el suelo con un porrazo reverberante que hizo tintinear las porcelanas en sus estantes.

A partir de entonces, prefirió un colchón de *camping* relleno de miraguano que podía enrollar en el pasillo: cualquier intruso nocturno tendría que pisarla.

Descubrí pruebas de la guerra permanente de Marta con la inquilina del apartamento de abajo.

En el curso de una tumultuosa relación con Utz, Ada Krasová había aprovechado sus privilegios de cantante de ópera para importar de Italia un fardo de raso de color rosa, y había decorado el dormitorio de él con gusto de mujer de vida alegre.

A continuación cometió el solecismo de instalarse en el piso de abajo y, seriamente convencida de que podría ser más lista que Marta, rapiñó un frasco de Chanel N.º 5. Marta contraatacó este acto de cleptomanía con un aserto terminante: «No guisaré para ella». Nunca volvieron a invitar a esa dama, y cuando la encontré, treinta años después, aún se cocinaba en la salsa de sus recriminaciones rencorosas, en medio de sus recuerdos.

No sé la fecha exacta, pero a mediados de la década de los sesenta, durante una representación de *Don Carlos*, Utz enfocó sus gemelos de ópera en el cuello de una cantante mucho más joven que sus presas habituales: una muchacha robusta con una gama tonal sobresaliente que, en su papel de Reina de España, debía ocultar su trenza dorada, parecida a una guindaleza, entre los pliegues de una mantilla negra.

Al día siguiente, en su visita acostumbrada al café de la Ópera, Utz reunió el coraje necesario para abordarla, y respingó al oír su respuesta hiriente:

—¡Fuera de aquí, viejo idiota!

Era un encapotado día de invierno. Utz sufría un ataque de sinusitis y tenía los ojos enrojecidos. Se miró en el espejo de un escaparate y, en un trance de extrema desilusión, se sintió obligado revisar la imagen que tenía de sí mismo como amante eterno.

Lo que pasó entre él y Marta sólo se puede conjeturar. Pero, a partir de aquel día, ella abandonó el colchón de *camping* y se mudó a la cama.

La bata de seda rosada era el emblema de su victoria.

El tono amargo que había empleado al separarse de mí en la plaza del Viejo Ayuntamiento tal vez estaba condicionado por el hecho de que él y su esposa habían permutado los papeles. Ella era demasiado prudente para demostrarlo en público, pero ciertamente era el ama de la casa. Por tanto, si él quería echar una cana al aire, debería echarla en otra parte.

Después completó su victoria.

Se había casado en una ceremonia atea, por no decir pagana, y siempre se había sentido despojada de sus derechos. En sus conversaciones musitadas con el Niño de Praga, confesaba haber cometido un pecado capital: dormir con un hombre con el que no estaba casada ante los ojos de Dios.

Un día de abril, mientras Utz y ella desempolvaban como todas las primaveras unas cajas apiladas sobre el armario, Marta abrió una que contenía el velo blanco de encaje que habían usado todas las desposadas de la familia Utz desde el siglo XVIII.

Lo desplegó sobre la colcha de raso rosa. Miró significativamente a Utz. Él le devolvió la mirada.

Utz y Marta se casaron en la iglesia de San Nicolás en una tarde incandescente de la «Primavera de Praga» de 1968, cuando los ciruelos estaban en flor y la calima empañaba el cielo azul.

Ella lucía un traje blanco de chaqueta, con pequeñas manchas de transpiración bajo las axilas, y llevaba un ramo de lilas blancas y lirios del valle. El velo, prendido a su cabeza con alfileres, no parecía incongruente. Un mechón de pelo gris caía sesgado sobre su frente.

El sacerdote, con volantes y peluca, encabezó la procesión por la nave a los sones de la marcha nupcial del *Sueño de una noche de verano*.

Pasaron junto a la inevitable mujer de la limpieza, que se trasladó con su cubo a una hilera de asientos y los saludó alegremente con el mango de la fregona. Dejaron atrás el púlpito, que tenía el color de un helado de frambuesa, y llegaron al altar donde una estatua mitrada de san Cirilo ensartaba a un pagano con la base de su báculo.

Los espectadores, que habían sentido picada su curiosidad por las tallas desiguales de la novia y el novio, fueron sorprendidos por la pareja madura que giró con expresión desafiante para ponerse de cara a ellos, así como por la mancha bermeja de lápiz labial que Marta —con los labios pintados por primera vez en su vida— había estampado en la sien de su marido, en razón de que era demasiado alta para alcanzarle los labios en el momento de darle el beso con que culminaba la ceremonia.

El órgano derramó los acordes de «Cuando te llamo...», de Sigmund Romberg, y en el momento en que la pareja salió a la luz del sol, la gente congregada en la escalinata prorrumpió en aplausos.

El cortejo de otra boda esperaba su turno. Los jóvenes lucían retoños de mirto en las solapas. La mirada perspicaz de Marta captó que la novia estaba embarazada. Los aplausos la acobardaron, porque temió que quizá se burlaran de ella. Pero el novio, un chico afectuoso, esbelto, invitó a los Utz a participar en la ceremonia y a acompañarlos luego al hotel Bristol.

La recepción para una pareja de recién casados se convirtió en otra para dos. Los invitados a la fiesta, borrachos de tokay, tributaron una serie de brindis sarcásticos al oso que se alzaba en la cabecera de la mesa.

Ahora estoy en condiciones de completar mi descripción del funeral de Utz.

Entre el momento en que se produjo la muerte y el instante en que llegó el empresario de pompas fúnebres, Marta cubrió con paños negros las estanterías que

alojaban las porcelanas. Telefonó a Orlík al museo, y los dos montaron guardia hasta que se llevaron el ataúd.

Mientras tanto, Ada Krasová entonó su propia endecha en el piso de abajo. Mujeres de toda Praga, de Brno, de Bratislava; mujeres que se habían detestado entre sí en el escenario de la ópera y en su condición de rivales por el afecto de Utz, estaban unidas ahora por el odio contra Marta en razón de que ésta las privaba de una última vislumbre del bigote.

Chillaban. Siseaban. Aporreaban la puerta. Ella era sorda a sus ruegos.

En la víspera del entierro, apostó a Orlík para que custodiara su salida y entrada, y organizó un cónclave en el hueco de la escalera durante el cual comunicó a las desconsoladas mujeres el programa para el día siguiente.

Con sagaz malicia, les dijo que la ceremonia se celebraría en la iglesia de san Jacobo en lugar de la de san Segismundo; el entierro en el cementerio Vyšehrad en lugar del de Vinohrady; y el desayuno en el hotel Bristol —«al cual mi adorado esposo os invita a todas»— a partir de las 9.45 en lugar de las 9.15.

Como consecuencia de ello en las primeras horas de aquella desapacible mañana hubo otras dos limusinas Tatra de alquiler yendo y viniendo por Praga: una transportaba a un grupo de cantantes de ópera jubiladas; la otra estaba atestada de funcionarios del Museo Rudolphinum.

Los dos contingentes confluyeron en la entrada del comedor del hotel en el momento en que la viuda —que había alzado su copa de tokay «¡A la salud del oso! ¡A la salud del oso!»— se iba de allí sin ningún remordimiento.

Llevó su maletín de similcuero al lavabo de señoras, y cambió su ropa de luto por un traje de chaqueta de lana marrón.

Fue en taxi a la Estación Central, cogió un tren rumbo a České Budějovice, y se instaló en casa de su hermana que aún vivía en su aldea natal.

Cuando se reconstruye cualquier historia, cuanto más descabellada es la búsqueda, más probable es que dé resultado.

Guiándome por un soplo de Ada Krasová, que hizo una serie de alusiones veladas a los martillazos que acostumbraban retumbar desde el apartamento de Utz, me planté en la intersección de las calles Široká y Maislova, entre la una y las dos de una lluviosa madrugada del sábado, para esperar que vaciaran los cubos de basura.

En Praga, al menos en los barrios antiguos, muchos ciudadanos tienen una relación obsesiva con la basura. Un edificio de apartamentos como el de los números 5 y 6 de la calle Široká, construido para burgueses prósperos antes de la Gran Guerra, conserva, en el portal, los primitivos paramentos de mármol rojo y amarillo. Pero donde, en los viejos tiempos, tal vez se alzaba una consola con un jarrón de flores artificiales, ahora, en esta época menos quisquillosa, el visitante se encuentra con un pelotón de cubos de basura grises, galvanizados, de dimensiones uniformes,

con tapas articuladas idénticas entre sí.

Los camiones recolectores de basura de Praga están pintados de un vivo color anaranjado. Hace aproximadamente quince años que están en servicio. A modo de advertencia para los motoristas, están equipados con luces anaranjadas giratorias que proyectan sus rayos contra la arquitectura circundante. Estas luces, y el estrépito de los aparatos trituradores de los vehículos, son una maldición para las personas que tienen el sueño ligero y un portento para los insomnes, que saltan del lecho y contemplan la escena que se desarrolla en la calle de abajo.

Los recolectores de basura visten monos anaranjados, con delantales de cuero que los protegen cuando hacen rodar los recipientes hasta la calzada.

Observé cómo un joven recogía los desperdicios del restaurante *kósher* del Ayuntamiento del barrio judío antes de encaminarse hacia el Golem Restaurant donde, horas antes, yo había rechazado un *Kalbsfilet jüdischer Art* acompañado por una lonja de jamón.

Era un muchacho lleno de brío, con ojos alegres y una mata de cabellos rizados. Realizaba su faena con un aire de jubilosa fanfarronería. La luz convertía su rostro en una máscara anaranjada.

Su acompañante era un gran doberman pinscher negro, con el hocico metido en un bozal de mimbre trenzado, que viajaba sentado junto al conductor, o correteaba alrededor de la manzana persiguiendo gatos, o apoyaba cariñosamente las patas delanteras sobre los hombros de su amo.

Después de girar por la calle *Široká*, el joven maniobró con el camión, acercándolo de culata al bordillo, enfrente de la sinagoga Pinkas. A continuación hizo rodar los cubos fuera de los números 4, 5 y 6, y los emplazó por grupos en la acera.

Un brazo anaranjado salió disparado del interior del camión, cerró sus garras sobre el borde del cubo; lo levantó por el aire en posición invertida; y, con un doble *¡chu-unk!... ¡chu-unk!...* propulsó su contenido dentro del vientre del vehículo.

El cubo volvió a tierra con un repique metálico, mientras del interior del camión brotaba un ruido de objetos que rechinaban, y que eran estrujados, revueltos y comprimidos, entre el chirrido de dientes metálicos.

El doberman intentó lamerme la cara pero no consiguió sacar la lengua del bozal. El recolector de basura se mostró cordial con el hombre que había trabado amistad con su perro y, ante mi sorpresa, habló en inglés.

¿Qué hacía yo allí?

—Soy escritor —dije.

—Yo también —respondió.

Muchos de sus colegas eran escritores, o poetas o actores en paro. Los sábados se reunían para beber en una aldea próxima al vertedero de basura. Me dio instrucciones para llegar allí.

—Pregunte por Ludvík —añadió.

La aldea era un oasis de huertos y jardines en medio de un desierto de contaminación industrial. Ludvík lavaba su camión con una manguera en un jardín de rosas y malvas reales.

Me acompañó al bar donde sus amigos, vestidos con monos anaranjados y azules, trasegaban jarros de cerveza Pilsen. Unos leían los periódicos, otros jugaban al ajedrez. Dos hombres jugaban al *backgammon* en un rincón silencioso. Terminaron la partida y giraron para darnos la bienvenida.

Uno de los hombres era el filósofo católico Miroslav Žítek, al que conocía, a través de las publicaciones de emigrados, como autor de un ensayo sobre la naturaleza autodestructiva de la Fuerza. Era un individuo de espaldas anchas, con patillas incipientemente grises y facciones francas y rubicundas. Fumaba una pipa de espuma de mar. Me explicó que, en la Checoslovaquia socialista, toda persona mayor de sesenta años tenía derecho a cobrar una pensión del Estado, siempre que hubiera trabajado durante el número de años estipulado. Él y sus amigos preferían no complicarse en contiendas burocráticas: el trabajo manual era mejor para la mente.

Žítek había sido jardinero, barrendero y recolector de basura, pero ahora que le faltaban dos años para cumplir los sesenta encontraba extenuante ese tipo de trabajo, y había conseguido un nuevo empleo. Era mandadero.

Su tarea consistía en transportar *software* informático en motocicleta a través de Praga, de un centro de ordenadores a otro. El *software* cabía en una de sus alforjas, y su tratado de filosofía en la otra. Cada vez que hacía una entrega, el jefe del centro le destinaba una habitación donde podía trabajar. Allí escribía durante tres horas. A veces, al terminar la jornada, leía un capítulo a un público de obreros.

Emitió algunos juicios severos acerca de ciertos escritores checos exiliados que, amparándose bajo el manto de la cultura bohemia, descuidaban lo que sucedía en Bohemia.

El compañero de juego de Žítek era un hombre de bíceps colosales y facciones sonrientes entrecruzadas por cicatrices. Se llamaba Košík. Había emigrado a Estados Unidos después del 68, a Elizabeth, New Jersey, pero había regresado porque allí la cerveza era inmundada.

Había sido él quien, en 1973 —el año del primer derrame cerebral de Utz— había recogido la basura en el Viejo Barrio Judío. Por tanto había vaciado los cubos de Utz.

Ahora llego al tramo más difícil de mi historia. Cuando se me metió en la cabeza la idea de que la colección Utz *podía* haber desaparecido en las fauces de un camión de residuos, experimenté la tentación de falsear todas las evidencias para confirmar esa hipótesis.

Košík contestó mis preguntas con buen humor y divertido. Pero no sé, retrospectivamente, si sus respuestas fueron veraces, o fueron las que yo quería oír. No puedo depositar mucha confianza en la imagen que urdió para mí: que a veces, al vaciar los cubos del número 5 de la calle Široká, veía una silueta oscura, de hombre o

mujer, que se aplastaba contra la pared trasera del vestíbulo. Una noche, dijo, dos figuras aparecieron en la ventana del apartamento del último piso... y saludaron con un ademán.

Sentí que pisaba terreno más firme con la segunda historia de Košík: por lo menos allí hubo una pizca de consenso entre quienes bebían con él.

Estaban de acuerdo en que hacía diez o doce años —quizá más— un taxi solía traer a una pareja mayor a la aldea, para una caminata dominical vespertina. El hombre era más bajo que la mujer, arrastraba los pies y tenía que apoyarse en el brazo de ella. Marchaban por el sendero, hasta la valla de alambre que rodeaba el vertedero de basura, y después volvían caminando al taxi.

Recorrí ese mismo sendero.

Los campos estaban infestados de zuzones y lisimaquias. Las chimeneas de las fábricas vomitaban humo marrón en dirección a la ciudad. El cielo estaba enredado en una maraña de cables eléctricos.

Llegué a la valla. Una hilera de niveladoras estaba emplazada frente a un cobertizo. Del otro lado se extendía el vertedero: una zona de tierra pelada y residuos, sobre la que chillaban las gaviotas.

Volví a la aldea, rumiando las diversas posibilidades.

¿Acaso Utz o Marta había trasladado clandestinamente la colección al extranjero? No. ¿Acaso la habían sacado de contrabando los funcionarios del museo? No. El doctor Frankfurter se habría enterado. ¿Utz había destruido sus porcelanas por despecho? Lo dudaba. Aborrecía los museos, pero no era vengativo.

¡Pero sí era un bromista! Pensé que tal vez había apelado a su sentido del ridículo el que esos frágiles objetos roció terminaran en una pila de basura del siglo xx.

¿O se trataba de un caso de iconoclasia? ¿Existe, junto a la tendencia a venerar las imágenes —que Baudelaire denominó «mi pasión única, primitiva»— una tendencia antagónica que impulsa a hacerlas trizas? ¿Las imágenes reclaman, en verdad, su propia destrucción?

¿O había sido Marta? ¿Acaso *ella* albergaba la veta vengativa? ¿Acaso Marta asociaba el amor de Utz por la porcelana con su amor por las cantantes de ópera? En tal caso, puesto que se había librado de un lote, bien podía haberse librado del otro.

No. Tengo la impresión de que ninguna de estas teorías vale. Creo que, al pasar revista a su vida durante aquellos últimos meses, lamentó haber desempeñado siempre el papel de tramposo. Deploraba haberse zafado a sí mismo y haber zafado a la colección, con halagos, de todos los aprietos. Había intentado conservar en forma de microcosmo la elegancia de la vida cortesana europea. Pero el precio era demasiado alto. Aborrecía las humillaciones y los compromisos... y finalmente las porcelanas lo asquearon.

Marta nunca había claudicado. Ni una sola vez había rebajado sus pautas, nunca había perdido su anhelo de legitimidad. Había mantenido el rumbo. Era su eterna Colombina.

Mi versión revisada de la historia consiste en que, en la noche de la boda religiosa, ella salió del cuarto de baño vestida con su bata de seda de color rosa y, después de desabrochar la cintura, la dejó deslizarse al suelo y lo abrazó como una auténtica esposa. Y a partir de ese instante, pasaron los días sumidos en una apasionada adoración recíproca, resentidos contra todo lo que pudiera interponerse entre ellos. Y las porcelanas eran viejos cacharros que sencillamente debían desaparecer.

La aldea de Kostelec se levanta cerca de la frontera con Austria, próxima a la divisoria de aguas entre el Danubio y el Elba. Los trigales han sido invadidos por «cizañas» bíblicas, pero los acianos, las amapolas, las centauros negras, las escabiosas y las consuegas te hacen disfrutar de la belleza de una campiña europea que aún no ha sido envenenada por los herbicidas selectivos. En el confín de la aldea se extienden campos irrigados y, más allá, hay un lago donde crían carpas, parcialmente circundado por una franja de pinos.

Las casas del pueblecito tienen techos de tejas rojas, y sus paredes han sido recién encaladas con colores ocres y blancos. Las mujeres plantan geranios en los tiestos de sus ventanas. En el prado de la aldea se yergue una capilla bien cuidada con una pequeña cúpula.

Junto a la capilla se ve la base de un monumento que antaño habría ostentado la doble K —*Kaiserlich und Königlich*— de la monarquía dual de los Habsburgo. Ahora sostiene un adefesio herrumbroso y ladeado que conmemora una incursión soviética en el espacio.

Una tormenta pasaba de largo. Los cúmulos se alejaban rodando y un arco iris se combaba sobre la pradera. El sol iluminaba jardines de rudbeckias amarillas, flox púrpuros y arriates de crisantemos blancos.

Quitó el pasador de una entrada de torniquete. Una oca blanca como la nieve aleteó hacia mí, estirando el cuello y siseando. Una anciana campesina se acercó a la puerta. Usaba una bata floreada y un pañuelo blanco de cabeza que le cubría gran parte de la frente. Frunció el entrecejo. Murmuré una o dos palabras y una sonrisa atónita le iluminó el rostro.

Y alzó los ojos en dirección al arco iris y dijo:

—*Ja! Ich bin die Baronin von Utz...* Sí, soy la baronesa de Utz.



BRUCE CHATWIN. (Sheffield, 1940-Niza, 1989). Arqueólogo y escritor británico. Tras estudiar arqueología en la universidad escocesa de Edimburgo, en 1973 encontró empleo como corresponsal de viajes para el periódico *The Sunday Times*.

Años más tarde abandonó el trabajo para realizar una serie de largos viajes, que darían pie a sus novelas. En ellas se combina la fascinación por la vida nómada y la comprensión de la fragilidad humana. Murió víctima del sida, aunque siempre negó padecer la enfermedad.

Ha escrito entre otros libros: *El virrey de Ouidah* (1980), *En la colina negra* (1982), *Las líneas de la canción* (1987) y *Utz* (1988).